

EL ERROR Y LA BUENA FE.

Examinando una tras otra las armas de la conjuración anticristiana que al presente lamentamos, fácilmente puede demostrarse que los sectarios de todas esas teorías, que con capa de ciencia, de libertad y de progreso atacan al dogma de nuestra Religión divina, lo verifican movidos exclusivamente por amor al mal y por odio á Dios, á la Religión y á la Iglesia.

Pero ¿no habrá, nos diréis, multitud de personas de buena fe extraviadas, y que sólo profesen el error por las apariencias de verdad con que se envuelve? Lo dudamos mucho. Podrá haberlas, y las hay, en efecto, que aceptando como herencia la Religión que les legaron sus mayores, viven entregadas á sus ocupaciones materiales, que no les dejan tiempo suficiente ni ánimo libre para indagar los efectos y las causas históricas y filosóficas de su religión ó de su secta. Pero no creemos posible que esto suceda en la ciencia. Cuando un hombre, alegando sus vastos conocimientos, la profundidad de sus estudios, la imperiosa voz de la evidencia, se lanza á contrarrestar y á destruir una Religión que cuenta tantos siglos de existencia, que tan palpables y evidentes pruebas ofrece de su misión, origen y constitución divina,

cuya destrucción tan funestos frutos puede producir en la tierra, y en favor de cuya causa abogan los nombres más gloriosos é ilustres de la historia, ó está cegado por la más satánica de las soberbias, ó no son ciertas ni esa erudición, ni ese talento, ni esa evidencia que en su descargo alega. No, es imposible que su erudición, si la tiene, no le haya puesto de manifiesto los tesoros de verdad que el Catolicismo encierra, que su talento no le haya demostrado la infalibilidad de sus credenciales; que la evidencia no le haya dicho con su voz clara, sonora y penetrante «esta es la verdad», y si no posee esa erudición, ese talento, ni esa evidencia, ¿qué mayor crimen, qué mayor aberración y locura que fiarse en una vana ciencia que no posee, en un talento de que carece, en una evidencia que no existe, para decir á tantas almas que poseen esa erudición, ó tienen ese talento, ó viven con esa evidencia: «vuestra Religión es mentira; sus consoladoras promesas son engaños; sus eternas reglas y preceptos, imposturas; santos, sabios y mártires, nada supisteis, nada hicisteis, nada creisteis: fuisteis unos ignorantes y unos impostores; siglos, pueblos y generaciones que adorasteis la Cruz, os engañaron y engañasteis; yo, que nada sé, que nada valgo, que nada creo, me levanto en frente de todos, y á todos os digo: «eso es mentira, quiero arrancaros vuestras creencias, dejad esa Religión, imitad mi impiedad y mi blasfemia?»

No, no hay duda; no hay, no puede haber errores de inteligencia en esta materia, los errores son de corazón. El corazón está viciado y ciega la inteligencia con los efluvios de su ira. ¿Cómo explicar si no ese afán por arrancar del corazón del linaje humano esa fe que le alienta, esa esperanza que le consuela, esa caridad que le mejora y perfecciona? ¿Cómo explicar si no esa benevolencia para toda doctrina que no sea la Religión, ese prurito de buscar hechos y de inventarlos si no existen, para infamar á la Religión y á la Iglesia, esa sed de persecución contra una

Religión toda amor? Registrad las obras de los impíos; y les veréis renunciar á todas sus teorías, á todas sus doctrinas y principios, cuando se trata de la Religión. ¿No hace tres siglos que la revolución está gritando «libertad», y sólo tiene opresión para la Iglesia? El *liberalismo* y la *civilización moderna* condenadas en el *Syllabus*, ¿qué otra civilización y qué otro liberalismo son sino esos que, todo amor y benevolencia para toda impiedad y toda herejía, niegan los derechos de la Iglesia, persiguen á sus pastores y derriban sus templos?

Leed las instrucciones de las sociedades secretas, las exclamaciones de la democracia autoritaria, las confesiones del excepcionalismo filosófico; y os convenceréis de que es odio y no error lo que les ciega, de que á despecho de la voluntad hay una convicción íntima de que el Catolicismo es la verdad, que el mal no está en la inteligencia, sino en el corazón, que se cree, pero que no se ama. No os fatiguéis en discutir con ellos; en vano desharéis con un soplo los castillos de naipes de su impiedad; siempre queda detrás otro sofisma: en vano les haréis ver lo erróneo del principio y lo falso del hecho; todavía les queda la injuria, tras de la injuria la sonrisa, el más estúpido de los baluartes de la impiedad. Pero analizad en vez de discutir; no procuréis penetrar en los misterios de aquella inteligencia, procurad desentrañar los pliegues de su corazón, sondead los abismos de su espíritu, pronto encontraréis la clave, la razón fundamental, el nervio de su negación y su sofisma, una pasión encubierta, una vida relajada, un sentimiento exacerbado, el orgullo, ese tirano de los sabios, os hará comprender la aberración de aquella inteligencia, el extravío de aquella razón, la perversión de aquella voluntad; y mientras aquel poderoso obstáculo no desaparezca, inútiles serán vuestras demostraciones, como inútiles son los esplendentes rayos del sol para los que cierran los ojos por no verle. No os fatiguéis en pintarle su disco y sus fulgores; haced que abra los

ojos, y caerá deslumbrado ante su irresistible luz y claridad.

Cuando el rico avariento, de que nos hablan las Escrituras, pedía á Abraham desde el seno del dolor eterno que Lázaro, el pobre desvalido, resucitase para anunciar á sus hermanos lo que les estaba preparado, si imitaban su ejemplo, acordaos que le fué respondido: que el que no cree en la ley y en los Profetas, tampoco creería en los muertos, si resucitasen.

Bien sabemos que la fe es una gracia, pero sabemos también que Dios concede esta gracia á todo el que no cierra su corazón con insuperables obstáculos. Todo bien procede de Dios, sólo el mal procede del hombre. Démosle gracias por la fe, mientras la poseamos; pero no culpemos á nadie, sino á nuestra propia conducta, cuando carezcamos de ella.

Que los que no creen porque no quieren creer, se postren á los pies de los altares, que abran su corazón á Dios, á ese Dios que se nos impone con la irresistible fuerza de la evidencia; y la luz brotará en su inteligencia con claridad inextinguible.

Pero ¿queréis la demostración, queréis las pruebas? Alzad los ojos y contemplad el universo; cerradlos y consideraos á vosotros mismos; y decidme si de cada una de las infinitas maravillas de la creación, como desde el fondo de vuestra propia conciencia, no se levanta una voz que os dice en lenguaje claro, penetrante y verdadero «Dios existe».

Pero ¿dudáis que este Dios sea el Dios de los cristianos? Estudiad á Cristo, analizad su moral, examinad sus milagros, considerad su vida, observad su muerte, y decidme si no hay más que un hombre en Jesús, ó si hay algo en Él de sobrehumano y divino.

Pero ¿no sabéis si la Iglesia es fiel guardadora de la ley? Llamadla á juicio, pedidla sus títulos y diplomas, interrogad su historia. Ella os enseñará el Antiguo y Nuevo Testamento, cimien-

tos de su fábrica y ejecutorias de su genealogía; ella os mostrará sus Apóstoles, sus Santos, sus Mártires, sus Doctores, su duración milagrosa, su influencia benéfica, su unidad inconcebible, todas las pruebas evidentes de su constitución divina, y nos diréis si es posible que una institución humana pueda alcanzar jamás tal fuerza, tal virtud, tanta gloria.

¿Queréis más? Pues estudiad respecto de Dios las demostraciones de la filosofía, la metafísica, la física, la moral, la ontológica, la de necesidad, la de causa de razón, la de ordenador del universo y la de la creencia universal.

Respecto de Jesús, consultad las profecías que se realizaron en Cristo, y las que Cristo dejó y se realizaron después.

Respecto de la Iglesia, consultad la historia, y veréis como cada nuevo descubrimiento atestigua en favor de las afirmaciones de sus Sagradas Escrituras.

¿Queréis más todavía? Pues bien, convocad á los judíos, á todo ese pueblo errante, testimonio vivo del Evangelio, prueba viviente de la Biblia, á todos esos grandes acaparadores de oro, á uno solo siquiera, y decidles que reedifiquen el templo de Jerusalén, y acabarán con Cristo y su doctrina.

Y si esto no os basta aún, preguntad á todas las ciencias filosóficas y naturales, y decidlas que os señalen un error evidente en el dogma, y veréis cómo os dicen, «nada sabemos que se oponga á la fe, nuestras conquistas la afirman más y más cada día.

Prescindid, por último, de toda ciencia y toda erudición, erigid en árbitro, pero en árbitro imparcial á la razón, pero á la razón libre, ajena de toda pasión, de todo odio, de toda opinión preconcebida; y buscadla, no allí donde es falible y sujeta á error, sino allí donde en virtud de su origen divino es infalible; dadla á escoger entre el absurdo y la evidencia, y llevadla por este carril ineludible, desde la verdad más primaria, hasta la

verdad más trascendental y sublime, y veréis, sopena de caer en la contradicción más palmaria, ó en el absurdo más monstruoso, cómo Dios, la Revelación y la Iglesia, son verdades ligadas con lazos de dependencia, que sólo pueden romper la más culpable malicia ó la barbarie más abyecta.

Fácil y por demás sencilla es, á nuestro modo de ver, esta demostración evidente.

Consiste sólo en partir de que la razón es infalible entre el absurdo y la evidencia, y probando en seguida el principio de contradicción, deducir de premisa en consecuencia, siendo á su vez la consecuencia premisa, en esta forma.

La razón humana *libre* es *infalible* entre el *absurdo* y la *evidencia*, y colocando el problema entre estos dos términos, la razón *libre*, huyendo del *absurdo*, nos llevará por la *evidencia* desde el primer *principio* hasta la última *consecuencia* de esta manera.

¿*Niegas* ó *afirmas* el *principio de contradicción*? Si lo *niegas*, al negarlo lo *afirmas*; porque lo reputas falso, esto es, contrario á lo verdadero, luego concedes contradicción entre lo verdadero y lo falso; si lo *afirmas*, lo *afirmas*, luego lo *afirmas*; afirmándolo no puedes decir que *eres* y *no eres*, sino que *eres* ó que *no eres*. No puedes decir que *no eres*, puesto que al decirlo obras un acto propio del *ser*, lo que es *absurdo*; luego *eres*, lo que es *evidente*.

Si *eres*, ¿cuál es tu causa, cómo eres? *Obra tuya* ú *obra de otro ser*: lo primero *absurdo*, porque nada se produce á sí mismo, ni puede ser causa y efecto de sí mismo; lo segundo, pues, *evidente*.

Ese *ser* será á su vez obra de otro *ser*, continuando así hasta lo *infinito*, ó hasta dar con un *ser* que tenga en su esencia la razón de su existencia: lo primero es *absurdo*, porque es fundar la existencia de seres contingentes en términos infinitos, que se han acabado: y lo *infinito finido* es *absurdo*, además que dado el *tiempo*, alguno había de ser el primero; luego es *evidente* que hay un *ser increado*.

Este Ser es Dios.

Dios será *todo* (panteísmo) ó no será *todo* (theísmo): si es *todo*, afirmas la *identidad en Dios de los contradictorios*, lo que es negar el *principio de contradicción*, que has concedido, lo que es *absurdo*; luego no es *todo*, lo que es *evidente*.

Resulta, pues, que *Dios te creó*.

La *creación* supone un *fin*, y todo *fin*, *medio* de cumplirle; y estos medios debemos tenerlos todos los *seres*. Los seres racionales tenemos la *ley natural*, pero esta *ley natural* está en oposición con *nuestra naturaleza*, luego *nuestra naturaleza* está *viciada*.

Este *vicio* se llama *pecado original*.

Este *pecado original* nos impide cumplir *nuestro fin*, que es el de Dios respecto de nosotros, lo que es *absurdo*, y por lo tanto, nos *rehabilita*: esta *rehabilitación* se llama *redención*.

La *redención* nos viene del *hombre* ó de *Dios*, lo primero es *absurdo*, porque *nemo dat quod non habet*; lo segundo, pues, evidente.

Pero Dios, satisfaciéndose á sí mismo, sin intervención del hombre, que es el culpable, es *absurdo*, y como es absurdo también que nos redima el hombre, tenemos que deducir que nos redimió *Dios-Hombre*.

Este *Dios-Hombre* es *Jesucristo*.

Esta *redención* nos dió los *medios* de cumplir el *fin*, como hemos probado; estos *medios* nos los dió por la *Revelación*.

Si hubo *Revelación* á alguien se hizo.

Este *alguien* es la *Iglesia*.

Esta *Iglesia* es, pues, la *depositaria de la Revelación*.

La *Revelación* que nos enseña la *Iglesia*, dice que la *Iglesia* es *infallible*, luego lo que la *Iglesia* nos enseña es la VERDAD, lo que es *absurdo* negar, porque es á todas luces *evidente*.

Tenemos, pues, que de epikerema, en epikerema partiendo del *principio de contradicción* probado, hemos deducido, *libre*, pero

forzosamente entre el *absurdo* y la *evidencia*, á *Dios*, la *creación*, el *pecado original*, la *redención*, *Jesucristo*, la *Revelación* y la *Iglesia* con todas sus consecuencias (1).

Otro camino os queda todavía, prescindid de la verdad, evocad al error, arracad con la poderosa diestra de la historia las religiones y sectas del sepulcro de lo que fué, examinadlas á la luz de la filosofía con los ojos de la razón, comparadlas con las presentes, y veréis cuánta contradicción, cuánto absurdo, qué moral tan triste y qué pobrísimas soluciones os ofrecen unas y otras.

En efecto, la contradicción es el escollo de los herejes. Siempre, y en todo, han acusado á la Religión de dos cosas opuestas, ya es servidumbre, ya libertinaje, ya favorece la tiranía, ya es revolucionaria y anárquica, ya afemina al hombre, ya le hace

(1) El encadenamiento de esta demostración puede verse de un modo material en este cuadro sinóptico.

La razón es infalible entre lo absurdo y lo evidente.

PRINCIPIO DE CONTRADICCIÓN.....		niegas. . . afirmas. .	afirmas. .	eres y no eres. . . . eres ó no eres. . . .	eres. . . . no eres. . .	eres.
causa...	indefini- da. . . . Ser in- creado.	Dios	Pantheis- mo. . . . Theismo.	creación. .	Finalidad .	medios de cumplirla .
Ley na- tural..	opuesta á natura- leza. . . .	Pecado ori- ginal. . . .	Redención.	hombre. . . Dios.	Dios-Dios. Dios-hom- bre.	Revelación
IGLESIA.	VERDAD.	etc.	etc.	etc.	etc.	etc.

cruel y sanguinario, ya es adulatora de los ricos y enemiga de los pobres, ya es comunista y destructora de toda propiedad y santificadora de la holgazanería y la pobreza. Su doctrina es hoy panteísmo puro, mañana deísmo estrecho, más tarde ateísmo declarado, su moral ata ahora las alas del espíritu, da después suelta á todas las malas inclinaciones de la materia, es primero mezquina, después relajada. Jesucristo es el más bueno de los hombres, haciéndole así el más villano de los impostores, niéganse hoy verdades que la Iglesia afirma, exagéransen mañana, acusando á la Iglesia de negarlas y encerrarse en irracional fijeza; y, cosa extraña, por más opuestas que sean entre sí estas escuelas y religiones, por más contradicciones que impliquen, siempre convienen en una cosa, en odiar á la Iglesia. Para esto cesan sus divisiones, acaban sus rencillas, se unen en coalición monstruosa, en alianza imposible, en repugnante mezcla, y todo es bueno contra el enemigo común, todo es lícito y permitido, porque la Iglesia es la verdad, y estas escuelas, aunque errores contrarios entre sí, son partes del error al cabo, y justo y natural es que contra la verdad se confabulen.

Examinad después sus resultados palpables en la historia y los posibles en buena lógica; veréis qué confusión más espantosa.

¡Ah! si no fuera porque, á pesar de todo, el Catolicismo nos presta su moral, su atmósfera, su vida, si no fuera porque acudimos á sus máximas y doctrinas, con felicísima inconsecuencia, ¡qué poco duraría la sociedad entregada á sí misma! Vive hoy, es verdad, pero vive por el Catolicismo, que á pesar de ella la sostiene, y por la vida que la infundió cuando la dió amparo y protección en épocas mejores, y vive á pesar de la impiedad, á quien equivocadamente atribuye lo que, no por ella, sino á pesar de ella se realiza.

Pero si queréis tocar hasta la evidencia su falsía, estudiad sus soluciones y analizad sus sentimientos. Para nada las halla; to-

dos los desfigura, todo para ella son problemas, cuya solución ignora, no hay sentimiento que no ajen, que no desfiguren y profanen. En cambio el Catolicismo para todo halla respuesta, para todo remedio y salvación, y el sentimiento vive en él como el pez en el agua; porque para cada latido de su corazón halla una idea, para cada lágrima un consuelo, y nuestra alma sedienta de lo infinito, se aplaca con la esperanza, se enmienda con la caridad, y halla descanso á su martirio en la contemplación altísima de las bellezas de la fe.

No hay, pues, escape; ó el que niega la Religión la niega sin haber meditado en estas y en otras infinitas consideraciones, y es reo de criminal ignorancia y ligereza; ó la niega sabiendo su valor, conociendo su mérito y su virtud, y es genio del mal, espíritu rebelde y miserable; ó la niega movido por el orgullo que ciega, por la vanidad que embota, por la soberbia que desvanece; ó lo hace sólo por faltarle el soplo de la vida, la llama de la inteligencia, la luz del alma, y peca porque *stultitia peccatum est quia est filia luxurie*; y de cualquier modo que sea milita en las filas del error por su culpa; conspira á sabiendas contra la verdad; no se le puede defender, enaltecer ni excusar: sólo con él es lícita la compasión; pero después de la derrota.

ALEJANDRO PIDAL Y MON.

LOS PARÁSITOS.

ESCENAS DE LA VIDA PRÁCTICA.

(Continuación.)

Mayores contrariedades y disgustos esperaban al novel candidato en la capital de la circunscripción. El anciano Marqués de Navaleno, que con escasa fe en el resultado de las elecciones le había animado, sin embargo, á la lucha, por esa pasión ciega é impetuosa, que á veces arrastra á los padres á abrazar, aun contra su voluntad, las empresas y aficiones de sus hijos, seguía, aunque de lejos, con vital interés las peripecias de la contienda electoral, y conocía, aunque sin darlos completo crédito, los rumores que ya empezaban á circular sobre los manejos y cabildeos de Ruiz del Busto.

—¿Estás seguro de Juan Antonio?—fué una de las primeras preguntas que dirigió á su hijo á la vuelta de la escursión electoral de este.

—Si él me faltase no me fiaría de nadie, y hasta el éxito de la elección me sería del todo indiferente—respondió impetuosamente Carlos.

—Hijo mio—le replicó su padre con el triste acento que le era peculiar—no conoces la vida si el primer desengaño te la hace aborrecible; doloroso es desconfiar de un amigo y perderle, pero mejor y más tranquilamente vive el engañado que el engañador. Tenlo muy presente, y haz cuenta que, por lo que hace á tu amigo Juan Antonio, no he dicho nada. Acaso sean chismes de pueblo, murmuraciones, envidias..... qué sé yo, no hagas caso, y perdóname si te he alarmado inútilmente.

Carlos, que adoraba en su padre, más que padre compañero

y amigo suyo, no quiso afligirle de nuevo, y juzgando que más que receloso desearía verle satisfecho y contento, fingió seguridades y confianzas que no sentía, despues de la leal advertencia de aquel, que confirmó en sus propios oidos el rumor público de amigos y adversarios, á los pocos dias de su llegada á Duradon, y así que empezó á trabajar en la capital su candidatura.

En la amistad íntima y casi fraternal que unia á Carlos con el periodista, la traicion de este era cosa tan inesperada y tan fea, que Carlos no acababa de persuadirse de ella; pero la duda, la terrible duda, mucho más amarga y cruel que la misma evidencia y certidumbre, atormentaba su leal corazon, embargando su voluntad débil y blanda cuando combatia contra lo desconocido y lo incierto.

Mil veces intentó abrirse á su amigo, y otras tantas retrocedió su amistad ante la ofensa que acaso gratuitamente iba á inferirle. Juan Antonio hablaba con él con naturalidad, casi con efusion, de sus esperanzas comunes, del éxito de sus esfuerzos combinados..... ¡cómo suponer que fuese capaz de venderle! Lo más que admitia el Conde de Cavia era que Juan Antonio se procurase algunos elementos propios para el caso improbable de que le faltaran los votos de la oposicion, y hábilmente confirmó su sospecha el mismo Ruiz del Busto cuando adelantándose á ella, le dijo un dia, pocos antes de las elecciones:

—Oirás por ahí mil patrañas respecto á mi actitud. Unos dicen que me he pasado á los ministeriales, otros que estoy de acuerdo con los Palominos para trabajar por mi cuenta y dejar colgados á mis compañeros, no hagas caso: tú tienes poca experiencia de estas luchas, y no sabes á qué medios se apela á veces para desorganizar las fuerzas del contrario y ganarle tiempo y votos. Tenemos, á mi juicio, tú y yo asegurada nuestra elección, y la de uno por lo menos de nuestros compañeros; pero debemos aplicarnos en los dias que faltan á asegurarla más, conquistando cada uno para sí esos votos inciertos, y por decirlo así, flotantes, que se dan á última hora, más que á la opinion ó á la pandilla, al mérito, á la condicion ó al capricho personal. Yo con toda franqueza te declaro que así voy á hacerlo, ni te ocultaré tampoco que tengo interés, más interés que tú en aparecer con una votacion nutrida, que tú por ejemplo no necesitas, porque no eres

hombre político. Hazlo tú también entre tus amigos personales, en la inteligencia de que serás muy tonto si no comprometes en tu exclusivo provecho el voto de un elector, á quien yo no le sea simpático, ó que no tenga más que un lugar disponible en su candidatura.

¿Hubiera hablado así Juan Antonio á haber sido cierta y completa su traicion?

Un corazon leal como el del Conde no lo comprendia, y persuadido además, aun en medio de sus secretos recelos, de que Juan Antonio tenia en su mano la llave de la eleccion, y de que ya era tarde para intentar destruir las combinaciones que en todo el distrito se habian hecho, partiendo siempre de la base de una perfecta conformidad entre todos los candidatos, Carlos Cavia prefirió esperar tranquilamente el ya cercano éxito de la lucha, para juzgar con entero conocimiento de causa el proceder más que sospechoso de su amigo.

Pero los rumores adquirian cada vez mayor cuerpo. Ya era un agente, hasta entonces decidido partidario de los opositoristas á quien se le veia frecuentar las relaciones y entrar y salir en las casas de los ministeriales; ya un elector rural que preguntaba si en la candidatura de oposicion debia darse entrada al jefe y muñidor general de los enemigos electorales *del Conde*. Los partidarios de la reforma de la plaza que, como grupo de *independientes*, pensaban arrimarse al núcleo de los triunfadores, y que hasta entonces, conociendo la opinion bien firme en este punto del candidato aristócrata, se le habian manifestado completamente hostiles, vinieron un dia á decirle que contase con ellos si, como de público se decia, se habia convertido en su favor; y cuando el Conde de Cavia manifestó con su habitual y poco política franqueza la profunda sorpresa que le causaba su extraña proposicion, tratándose de quien, como él, no acostumbraba á variar de opiniones, uno de ellos tuvo la osadía de advertirle en no muy respetuoso lenguaje, que «torres mayores habian venido al suelo», que «los tiempos hacen á los hombres», que «votos son razones», con otras locuciones figuradas y proverbiales, que á las claras daban á entender que, si no el mismo Conde, su representante y colega habia entrado en tratos, cabildeos y componendas con la fraccion enemiga.

Así las cosas, llegó la víspera de la elección. Ya Duradon, ciudad descaecida y soñolienta en los días ordinarios y no feriados de su existencia, tomaba ese aspecto agitado y bullicioso, propio de las grandes solemnidades.

De sus poblados alrededores veíanse llegar caballeros en sendas mulas ó en despabilados jumentos, lenta, pero constantemente espoleados, á los pudientes y caciques de los lugares, aldeguelas y granjas, ó un coche desvencijado y polvoriento desembaulaba en el rincón más oscuro de la ciudad y á las puertas de la más anticuada hospedería, los prensados electores de las más granadas villas de la provincia, más cuidadosos de sacar á flote de codazos y apreturas de sus compañeros de coche la espaciosa sombrerera de cartón, no muy seguro estuche de la prenda más principal de su atavío, que de mantener libre de este y otros asaltos de la prosa vil de la vida su preciada condición de depositarios y órganos de la voluntad de todo su pueblo. Las pastelerías, centros culinarios de amena reunión y de no despreciables atractivos gastronómicos con que Duradon se adelantó en la marcha civilizadora del progreso á los más famosos *Restaurants* de la corte, se agitaban también bulliciosas y alegres entre comensales tempranos y mozas de servicio tardías, entre el acudir de los proveedores, la disposición y preparativos de cenas y meriendas, y la sed preliminar, aunque inagotable, del cuerpo de electores, y las boticas, establecimientos públicos y de puro recreo que, á falta de otros documentos, acusarian, convertidos siempre en tertulias y puntos de reunión y de cita, las excelentes condiciones de salubridad con que Duradon justamente se ufana, hervían literalmente aquel día, no con el científico hervor de las plantas salutíferas, ni con el seco y ardiente fuego de la científica retorta, sino con el áspero y aere vapor de la pasión política que, combinada con la pasión local, elevaba su atmósfera á un grado de enrarecimiento apenas respirable.

Allí, entre los botes de tónica manzanilla y de inocente malvavisco; allí, confundida con las píldoras anti-gastrálgicas del diligente Hernandez, mareada con el aroma del licor Brire, producto odontálgico de la farmacopea bilbaina, revuelta entre paquetes de benéfica y antibiliosa magnesia, y mezclada con todos los aromas agradables ó desagradables, inocentes ó penetrantes,

pero que en animado conjunto no permiten al olfato ni la más leve duda acerca de la realidad específica de las dosis alopáticas ó dosimétricas de un laboratorio inteligente; allí, decimos, y no en otro sitio ni lugar más ventilado y espacioso, acudia, agitada y presurosa, la opinion pública, esa reina constitucional de que son ministros responsables todos los apetitos y pasiones, esa matrona olvidadiza y diligente, locuaz y desdeñosa, artera y soberbia, que cria hijos de que reniega, y persigue reputaciones que luego encumbra, y amenaza honras de que más tarde, y á su capricho, se hace procuradora ó Celestina. Y nunca como en estos dias cercanos á una manifestacion electoral, ó como si dijéramos, á una gran feria de opiniones y de conciencias, la opinion pública establece en plazas y caminos el vistoso, aunque ya raído dosel de su soberanía intermitente.

Hay que ver á la reina del mundo envuelta en sus regias vestiduras, el cetro en la mano, coronadas las sienes, guiñar complacientemente el ojo á sus cortesanos y aduladores. ¡Pobre reina! Todo lo sabe, todo lo conoce, y sin embargo, todo lo pregunta. Sus súbditos, más que tales, parecen sus amos y señores, y ella infeliz, á cada decreto que expide, pide humildemente que se le refrende su pueblo, en vez de expedirle con la voz omnipotente de su soberanía.

.....

 Pero la opinion aquel dia en Duradon era, ya que no soberana, por lo menos homogénea y compacta. Parecia hecha y amasada *secundum arte* en el mismo mortero por todas las boticas de la ciudad.

No habia dudas ni vacilaciones. Ruiz del Busto y Palomino triunfaban, el Conde de Cavia salía derrotado, la reforma de la plaza se hacia. En los demás detalles de la eleccion la opinion podria equivocarse, pero de estos particulares estaba segura; y como estos eran los puntos sobre que habian girado incesantemente las mil hipótesis que acompañaban á aquellos sucesos que próximamente iban á desenlazarse, la opinion pública triunfaba, porque, claro está, la opinion pública habia tenido la prevision de adelantarse á ellos.

En tanto la plaza, la ancha plaza, ó sabedora ó ignorante de

su suerte, se llenaba de gente curiosa y habladora: de cada pilar condenado á muerte, de cada medianería agrietada, de cada tejado á medio hundirse, salía una voz misteriosa, que lo mismo podia ser quejido que grito de esperanza, lamentacion ó hurra victorioso; y una de estas voces, deslizándose lenta y traidoramente á lo largo de uno de los soportales más estrechos, penetró en una de las tiendas más oscuras, y saltando por encima de un reluciente mostrador, no se detuvo hasta apoderarse de la única oreja que el más diligente industrial de Duradon, nuestro buen amigo D. Pelegrin Burguillos, no se rascaba en aquellos momentos, preocupado en la interesante operacion de escribir el sobre de una carta á la ciudad fabril de Béjar; y tanto y tan fuerte debió gritarle, y palabras tan mágicas le hizo escuchar, á pesar suyo, que ¡caso insólito en sus costumbres! arrojó con violencia la pluma con que escribía sobre el grasiento cartapacio, y dirigiéndose á su hijo Indalecio, que de hito en hito y con filial interés le contemplaba, exclamó:

—Pero di, ¿tú has oido lo que dicen de que van á derribar la plaza, y de que Juan Antonio está con ellos?

—Eso no es verdad, padre, no lo crea V.—le respondió su hijo—que la plaza se derribe ó no, no le diré á V.; pero ¡que Juan Antonio!..... imposible. ¿Diga V. que es mentira, mentira, mentira!

—No se trata de eso; ¿pero tú lo has oido ó no?

—¡No lo he querido oír! Yo no oigo nunca esas tonterías, no, señor, no las oigo, y por lo tanto, no las creo.

—Pues mira, Indalecio—le replicó su padre con triste, pero sereno acento—yo tampoco queria oír eso, esa..... noticia, esa triste noticia; pero una voz interior, un presentimiento, ¡qué sé yo! me dice que la oiga.

—¿Y qué?

—Nada, que lo he oido, y..... lo creo.

—¿Lo cree V.! ¡canario! ¿lo cree V.?—exclamó violentamente Indalecio, saltando por encima del mostrador, como si quisiera sustraerse por este ejercicio á la emocion que le dominaba, ó á cualquier otro sentimiento menos pacífico.

—¡Si lo creo!

—¡Y yo tambien lo creo!—exclamó otra voz, bien diferente

por su entonacion y brio de la voz misteriosa á que aludia Don Pelegrin.

Esta voz, que no era otra que la de la Señora Prisca, resonó como la trompeta del Juicio final en los confiados oídos de Indalecio, que se dejó caer como un beodo sobre uno de los bancos de la tienda, exclamando con desfallecido acento:

—Tú tambien lo crees, tú tambien lo crees; estamos perdidos, ¡Juan Antonio nos engaña!

—Sí—repitió la Prisca con voz no tan segura como al principio—os ha engañado á todos, á todos, á ti, á tu padre, al Conde, al Sr. Marqués, al pueblo entero, menos á mí, á la Prisca, que le conoce..... que le conoce á fondo, y que sabe que es..... de mala casta.

.....

SANTIAGO DE LINIERS.

(*Se continuará:*)

LA GALERNA DEL SÁBADO SANTO.

(1877.)

Puso Dios en mis cántabras montañas
 Auras de libertad, tocas de nieve,
 Y la vena del hierro en sus entrañas:
 Tejió del roble de la adusta sierra
 Y no del frágil mirto su corona,
 Que ni falerna vid ni ático olivo,
 Ni siciliana miés ornan sus campos,
 Ni allí rebosan las colmadas trojes,
 Ni rueda el mosto en el lagar hirviente:
 Pero hay bosques repuestos y sombríos,
 Misterioso rumor de ondas y vientos,
 Tajadas hoces, y tendidos valles
 Más que el heleno Tempe deleitosos,
 Y cual baño de Náyades la arena
 Que besa nuestro mar: y sus mugidos,
 Como de fiera en coso perseguida,
 Arrullo son á la gentil serrana
 Pobre y altiva, y como pobre, hermosa.

No es el risueño Egeo que circundan
 Cual ceñidor las Cícladas marmóreas,
 Ni el golfo que con dórica armonía
 De Nápoles arrulla á la Sirena,
 Cabe la sacra tumba de Virgilio:
 Ni el vago azul de la marina Jonia;
 Sino el Ponto que azota á Caledonia
 Y entre las islas Hébridas resuena,

Fiero Titán que á la hiperbórea gente
 Hace temblar en la apartada Tule,
 Y cabalga entre nieblas y borrascas
 Sobre el inmenso Leviathán, que nutre
 Con pestífero aceite la candela
 Del céltico harponero. Ni cien carros
 De guerra hicieran tan horrible estruendo
 En torno de Ilión, como esas olas
 Cuando las peñas de Cantabria hieren.

Hoy se vuelven á alzar fieras y rudas
 En son de guerra y vencedor amago,
 Á renovar el memorable estrago
 Que en la Pasión de su Hacedor movieron:
 Por eso es hoy más íntima y solemne
 La voz de las tormentas boreales,
 Mayor su indignación, cuando arrostrarlas
 Osa el nauchero de piedad desnudo:
 ¡Ay! no verá la luz del patrio faro
 Sobre el amigo cerro de la costa,
 Cual mirada de Dios sobre sus hijos,
 Ni su velera y triunfadora nave,
 Al arribar, coronará de flores.

¡Piedad, Señor! Sienta tus iras sólo
 Rota y hundida la soberbia quilla,
 Que oro y baldón conduce á estas arenas,
 Ó el ferrado vapor, en cuyas venas
 Corre savia de fuego. Allí la sangre
 De nuestra raza va: sobre estos montes
 Tendió la emigración sus negras alas:
 Lloro la esposa en el helado lecho,
 Cabe el extinto hogar llora la madre,
 El campo desfallece sin cultura,
 Y en tórrida región nuestros mancebos
 Siega la muerte: ¡que más bien perezcan
 Ante las rocas del amado puerto,
 Acariciados por maternas olas,

Do lleve el viento el son de las campanas
De la tierra natal, á sus oídos!

Pero salva, Señor, el frágil leño
Del pescador que fatigado encuentra
Al fin de su pescar, la red vacía.
Es hijo de aquel pueblo que en tardía
Cadena domeñó la ingente Roma:
Del que á Cannas Aníbal conducía,
De las madres itálicas espanto,
Terror de los Vaceos y Autrigones:
Del que en la cruz de su triunfal suplicio
El bárbaro cantar de la victoria,
De Agripa ante las haces, entonaba.
¡Oh, sálvalos, Señor! en ellos corre
Sangre de Bonifaz el de Sevilla,
Del fiero vencedor de la Rochela,
Del que trazó primero en breve carta
De la Virgen América los mares,
Y á la nave de Ojeda abrió camino.
¡Contéplalos luchar!..... ¡Vana esperanza!
Que ni el llanto de madres y de esposas
Las iras quebrará del Oceano,
Ni del hado la ley adamantina.
Mas salvados serán, porque las nieblas
Del mundo material y las del alma
Sólo la tempestad rompe y ahuyenta,
Y es su rojiza luz benigno rayo
De un sol que animará perennes flores.

¡Salvados, sí! Desde el salobre risco
De San Pedro del Mar, un sacerdote
Les dió la bendición. Nada más grande
Ojos humanos contemplar pudieron
Cual lo que vió la moribunda gente,
Al descender el celestial rocío
Del divino perdón sobre su frente:
Abrirse el cielo, serenarse el mundo,

Entre Dios y la mar la Cruz alzada,
 Y descender con palmas y coronas
 Las sombras de sus mártires patronos,
 Las de los dos celtiberos guerreros (*).
 ¡Muerte feliz, entre la paz del cielo
 Y el beso de los mares! Cuando vengan
 Á acariciar la conocida playa,
 De barca y pescador traerán los restos
 En el cendal de su tejida espuma.

Otro celebre en canto que no muera
 La gloria y la ambición, peste del mundo,
 Y á la fuerza brutal erija altares.
 Yo diré que mis cántabros se hundieron
 Con los despojos de su fiel *trainera*,
 Como cae el guerrero en la batalla
 Y no abandona su triunfal bandera:
 Y aun es más noble y santa que en el campo,
 En el taller la sangre derramada
 Á impulsos del martillo y de la rueda,
 Ó en el cóncavo seno de los montes,
 Al trueno de la pólvora deshechos,
 Por donde agita sus humeantes crines
 El moderno Tifón, ó en los escollos
 Do cela el mar sus perlas y corales.
 ¡Perenne lid con la materia inerte,
 Dura labor, pero victoria cierta!
 Otro estadio, otra arena, otra cuadriga
 Piden en nueva edad cantares nuevos.
 ¡Dadme el lauro de Olimpia y de Nemea,
 Y la frente del mártir del trabajo
 Ciña la palma de Elis triunfadora,
 Como al atleta coronar solía!

(*) San Emeterio y San Celedonio.

Oye, noble ciudad, luz de Cantabria:
Basta á cubrir las llagas de tu pueblo
Un trozo de tu regia vestidura:
Rásgale, pues, y en tu esplendor no olvides,
Que esos del nauta sórdidos harapos,
De su viejo tígurio suspendidos,
Y por el vendabal y por los soles,
Y por el golpe de las olas rotos,
Te hicieron grande, poderosa y rica.

M. MENÉNDEZ PELAYO.

Santander.

EJEMPLOS NADA EJEMPLARES

DE

FILOSOFÍA PERSONALÍSIMA.

Quiero gran libertad para mi mismo:
 En cuanto á los demás, que cada uno
 Mire por su virote; y por si alguno
 Quisiera rebatirme este aforismo,

Sé á mi modo el flamante catecismo
 De derechos, y puedo cual ninguno
 Aplicar en un prójimo importuno
 La libertad en rama á su organismo.

Con esto, y la moral independiente
 Adaptable al ajeno patrimonio,
 Cuando en él me convenga hincar el diente,

Verás cómo en grasiento matrimonio.
 Viven, formando un yo, tan ricamente
 Cuerpo de bestia y alma de demonio.

Oigo sin impaciencia al ciudadano,
 Que me llora sus cuitas compungido;
 Pero ¡Señor! si yo á nadie le pido,
 ¿Por qué he de abrir á los demás mi mano?

Que esté enfermo mi prójimo, y yo sano,
 No es razón para darme angustia y ruido;
 Y velar entre inquieto y aburrido
 Noches de invierno ó siestas de verano.

Yo á nadie le hago mal, ni le deseo,
 Pero no me acomoda ni la palma
 De mártir, ni el papel de Cirineo.

Y no es esto decir que no tenga alma:
 El caso es que anda siempre de paseo,
 Y á que regrese, el cuerpo espera en calma.

FERNANDO DE LA VERA É ISLA.

EL VALOR.

Un hombre he conocido—un hombre solo en toda mi vida—que confesaba francamente su cobardía. ¡Ente raro y singularísimo, yo te alabo! ¡Tú, sin sospecharlo, tenías cierto valor: el valor de declarar tu flaqueza: la impudencia de no avergonzarte! El pobrecillo decía, muy persuadido de su razón: «¿He hecho yo, por ventura, profesión de valiente?» Estuve á punto de contestarle: «¿Ha hecho V. voto de dejar de ser hombre?» Pero me contuve y callé, porque ya que él no tenía vergüenza, la sentía yo en lugar suyo. Yo prescindo instintivamente de la desvergüenza ajena: me basta saber que una cosa debe avergonzar al prójimo, para proceder como si le hubiera de causar ese efecto.

¿Es necesaria la dignidad á la calidad de hombre? ¿Necesita un hombre hacer profesión de valiente, para ser digno?

Dios nos ha dicho: «No temáis á los que sólo pueden matar el cuerpo; mas temed *únicamente* á Aquel que, después de quitar la vida, tiene poder para arrojar en el infierno». Luego Dios ha definido que el hombre debe ser valiente; y la verdad es que todo hombre tiene el sentimiento íntimo de semejante obligación.

Hé aquí un fenómeno:

Decid de cualquiera que tiene poco talento; que es mal poeta; que carece de gracia; que es moreno, casi negro; que tiene los dientes claros; que es feo. Si él llega á saberlo, lo sentirá; os tomará odio quizá; pero ocultará sus afectos, y aparentará que no le hiere en lo más mínimo la crítica de que ha sido objeto: por ventura diga que ha sido tratado con harta caridad, y él mismo exagere sus defectos, llegando hasta pintarse como un ser ridículo.

Mas decid, fulano es un cobarde; y en cuanto él llegue á en-

tender que eso habéis dicho, montará en cólera, os buscará, y os llenará de improperios, si no de golpes.

¿Por qué esa diferencia? Porque el talento, la inspiración, la hermosura, son dones recibidos, y no necesarios, para que un hombre sea apreciado, si tiene honradez y las demás prendas morales que constituyen la dignidad humana; mas como quiera que el valor es otra de estas prendas, nadie sufre con paciencia que, negándosele, deprima su dignidad.

Yo bien sé que hay muchos cobardes, como hay muchos ladrones, y muchos mentirosos; pero hasta el hombre más miserable rinde tributo á la idea de la dignidad, haciéndose hipócrita de valor. Es tan natural la dignidad en el hombre, que aun sin darse razón de esto, sin comprenderlo, todos sienten la necesidad, y pugnan por no aparecer á los ojos de los demás con defectos del corazón. El cobarde procura ocultar su falta de valor con la fanfarronería; y el que no, anda por el camino de la vida como sobre ascuas, mirando donde sienta el pie para no quemarse, evitando cuidadosamente todo lo que pueda poner á prueba el valor que no tiene.

Y ¿qué cosa es valor?

Pues que es de obligación tenerle, debe ser cosa que depende de nuestra voluntad, y no de la organización física; luego, en mi concepto, es un sentimiento reflexivo y sereno, en cuya virtud concebimos la firme voluntad de arrostrar y de combatir un peligro que se conoce ó se supone; ó de despreciarle cuando se trata de cumplir el deber.

El valor es un afecto, y no una predisposición: una cualidad moral, y no una cualidad física. La virtud es su madre, y la razón y la voluntad sus principales apoyos.

El valor es el fundamento del heroísmo, y el obrador de los grandes hechos.

Desde el valor pasivo de los mártires, alentado por la fe y el amor de Dios, hasta el valor activo de Daoiz y Velarde, que pelearon serenos por la patria, con la certeza de que sucumbirían al número, todos los hechos gloriosos que registran las historias, son debidos al sentimiento íntimo del deber ó de la honra. Cierto es, y no debo pasarlo en silencio, que no en todos tiempos, ni en todas partes, ni en todas las circunstancias se han comprendido de

la misma suerte lo que es el deber y lo que es la honra; pero entiendo que el hombre debe ser juzgado por su voluntad, por su corazón, y no por su entendimiento; y en esto se funda la absolución, por causa de ignorancia invencible. El hombre no es responsable de todos los errores de su entendimiento, sino sólo de aquellos que se fraguan en su espíritu con el concurso de la voluntad.

Por lo demás, muchos gozan inmerecidamente fama de valerosos; mas su valor tiene más de irracional que de humano.

Hay una cosa que no se comprende; pero que creo da una idea del falso valor.

Supongamos un hombre que cree en la otra vida, en el juicio y en el premio ó castigo eternos: un católico; y que, por efecto de la miseria humana, siente gravada su conciencia con pecado mortal en el momento de arrostrar un peligro de muerte. ¿Cómo puede ser valiente ese tal, según el sentido que vulgarmente se da á la palabra valentía? A mí me parece que debe sentir miedo, y miedo profundo; no ya á perder la vida del cuerpo, sino á perder con ella la vida del alma. Y sin embargo, es un hecho, que con mucha frecuencia observamos, que un católico de mala conciencia se lance con ardimiento en lucha feroz, como si nada arriesgase en ella, ó como si le fuera indiferente la eterna condenación. Repito que no lo comprendo; pero veo en eso ó rabia de precito, ó ferocidad del corazón; y eso no es el valor, ó al menos no es el valor del hombre, sino el de la fiera: el del ser irracional, feroz por naturaleza.

Distingamos, no obstante, los casos. El que voluntariamente busca el peligro, hallándose en la disposición de alma que he dicho, es el que muestra el valor insensato, que yo llamo de fiera, y que no alabo, por consiguiente; mas el que sin quererlo se encuentra en medio del peligro, que no puede evitar, y sólo se le ofrece una probabilidad de salvar la vida y de tener lugar á penitencia, luchando, ese puede ser valiente; por cuanto su conciencia le dice que sirve á la mejor de las causas: á la salvación de su propia alma; y este interés infinito puede inspirarle el noble ardimiento que se llama valor.

Pero supongamos ahora que nuestro hombre se encuentra con un enemigo, que le acomete armado. Si se bate con él, puede

morir, ó matar. Si muere, se condena, porque estaba en pecado; y si evita el combate, que es siempre de éxito dudoso, gana tiempo para ponerse bien con Dios. Ahora bien: puede huir..... Huye..... ¿Qué decís de él? El mundo, ya lo sé, dirá que ha sido un cobarde; y sin embargo, es muy posible que su fuga no sea sino un rasgo del más sublime valor. Sí tal: si huyó, no por temor á su enemigo, sino por temor á la justicia de Dios, ante la que se siente reo, y con el propósito de hacer penitencia, dió pruebas de un valor heróico; por cuanto sabe que el mundo le ha de vilipendiar, y le ha de colmar de desprecio, y arrostra ese peligro, tan temido generalmente, por amor á su alma, que, en cierto modo, es amor á Dios. Se condena á sí mismo á un martirio lento, inmenso, de por vida por no perder la porción de gloria que cada hombre religioso tiene preparada en la misericordia de Dios: obedece á un sentimiento reflexivo, se hace superior al desprecio del mundo, por cumplir el primero de los deberes. Es un hombre perdido en la sociedad pasajera, pero que fía su esperanza en la vida que no tiene fin. Ese género de valor es poco común: verdad es que se necesita, para tenerle, un temple de alma muy superior.

El valor militar es un valor mecánico, digámoslo así. No hablo de los militares individualmente, pues es cosa clara que entre ellos habrá valientes y cobardes; hablo de la colectividad.

El aguijón del pundonor, el temor del castigo, la experiencia de que son muchos menos los que sucumben que los que se salvan en una batalla, aunque se pierda: el mayor peligro que se corre separándose de la masa; la organización militar que lleva á los hombres como encajonados, como encadenados, sin cuidarse de cuál sea su voluntad ó la disposición de su ánimo; la necesidad de defender la vida en ciertos momentos, y últimamente, eso que se llama la embriaguez de la pólvora, el furor del combate, inspiran bravura, que las más de las veces degenera en ferocidad, á un cuerpo de tropas en general, y en particular á cada uno de los individuos que lo componen.

El pobre recluta de diez y nueve ó veinte años, que jamás había oído silbar las balas, y por primera vez se encuentra metido entre filas, sin posibilidad de evitarlo, y, en todo caso, con la ley penal que le espera á retaguardia, marchando á tomar un parapeto ó á asaltar una fortaleza, ¿qué debe sentir en su cora-

zón, cuando, avanzando á paso rápido, ve acortarse la distancia que le separa del temeroso punto, y ve caer junto á sí mismo á un camarada, á impulso de una bala ó de un casco de metralla? Si en él hubiera libre elección, arrojaría el fusil, y echaría á correr, no parando hasta su casa, á empuñar de nuevo el pacífico arado ó las herramientas de su oficio. Pero esto no es posible. Hay que subir, hay que morir por ventura, y no está en su mano evitarlo. No puede decirse que va: le llevan; y convertido en pieza de una máquina, obedece al resorte que la impulsa, y ejecuta los movimientos á que está destinado: carga el fusil, hace fuego, cala la bayoneta y hiere. La necesidad, el estruendo; el ejemplo y hasta el miedo, trastornan su ser, anublan sus ojos, perturban su entendimiento, y procede como un loco..... ¿Ha vencido el cuerpo á que pertenece? ¡Qué valientes soldados!..... El recluta no se acuerda de nada, pero ve en su pecho la medalla conmemorativa que atestigua su valor.

Después viene la costumbre. Al cabo de varios combates, se ha connaturalizado con la guerra y con la sangre. Tiembla menos cuando entra en fuego; pero tiembla, sobre todo al principio de la acción, hasta que se ha transformado, de hombre de razón, en instrumento ciego; hasta que le ha embriagado el combate.

La única diferencia que hay entre el soldado veterano y el bisoño, consiste en que el primero se embriaga más pronto que el segundo.

Y á eso, en buena crítica, no se puede llamar valor.

Y no sólo por lo dicho desmerece ese nombre, sino por otra razón que no debo pasar en silencio.

En una guerra civil, por ejemplo, al realizarse una quinta, no se pregunta á nadie cuáles son sus opiniones, sino que se toma á todos los individuos designados por la ley ó decreto, se les enseña el paso, el manejo del arma, los toques de la corneta y las maniobras; se les viste un capote, se les cuelga una cartera llena de cartuchos, se les pone un fusil al hombro, y se les envía, entre filas, á combatir.

¿Tiene este individuo entusiasmo por la causa que defiende? ¿Aborrece al bando con quien va á reñir en mortal pelea?..... ¡Ay! ¡Por ventura en ese bando tiene á su padre ó á su hermano! ¿Quizá siente en su corazón profundas simpatías por la causa

contra la cual pelea!..... Y sin embargo, hará lo que los demás soldados, y hasta, en ocasiones, se distinguirá por ventura sobre todos sus compañeros.

Esto nos prueba claramente que el soldado forzado se bate con bravura; mas no por valor, sino por necesidad: se le ha privado de voluntad y hasta de razón, haciéndole víctima, digámoslo así, de un artificio admirable, que se llama batallón; se le ha convertido, como dije antes, en esa especie de rueda que, engranando con otras, tiene que funcionar precisamente á impulso de ellas, que le transmiten su movimiento, también recibido; así como él es á su vez impulsor inconsciente de otras piezas de la máquina. Convengamos en que aquí no se ve al ser racional, y convengamos también en que el valor es cualidad exclusiva del hombre libre.

De muy distinta manera debemos juzgar á los que voluntariamente empuñan las armas, y se lanzan á combatir por una causa que es objeto de su fe y de su amor.

Cuando nuestros padres vieron invadida la patria por pérfidos extranjeros que se habían apoderado de ella á traición; preso en extraña tierra el Rey; manchado el trono de San Fernando por un usurpador; y sobre todo, profanados sus templos santos, y perseguida la Religión, todos unánimes, y sin previo acuerdo, acometieron una de esas empresas que los sabios llaman temerarias, absurdas y hasta ridículas, porque les parecen imposibles; y es que los sabios de cierta especie conocen las leyes de la mecánica y de los números, pero suelen ignorar lo que son el corazón, el valor y la fe.

Positivamente, entre los soldados, ó sea entre los españoles de la guerra de la Independencia, había muchos de carácter apocado, que jamás dieron anteriormente prueba alguna de valor, ni ellos mismos sospechaban que pudieran ser valientes; mas, sin embargo, nadie titubeó, nadie se desalentó á vista de repetidos é inmensos desastres; á nadie le ocurrió contar el número de sus enemigos, su perfecta organización y su mejor armamento. Todos los españoles pugnaron con incansable esfuerzo, siguiendo..... ¿á quién?..... al general *No importa*, gran ganador de batallas, sólo cuando manda á españoles. Los soldados que arrojaron á 300.000 franceses aguerridos y hasta entonces vencedores del

primer imperio, por encima de los Pirineos, al rostro del gran Napoleón Bonaparte, y enterraron en las entrañas de esta tierra amada los huesos de otros 300.000; esos soldados no eran forzados, sino voluntarios; se batían guiados por su propia razón, conducidos por su voluntad, alentados por su amor á la patria, y dispuestos al sacrificio por la fe en Dios. Sentían que era deber suyo lanzarse á la pelea, y se lanzaban sin vacilar: el miedoso por naturaleza, se hacía valiente, porque tenía un deber sagrado que cumplir, y al deber sacrificaba su sangre y su vida. ¡Esos son los valientes!

He citado la guerra de la Independencia como un ejemplo; mas lo que dejo dicho, dígolo igualmente de cualquier país y de cualquier época en que se hayan levantado voluntarios impulsados por su fe, y hayan sabido morir por ella.

Por lo que hace á los jefes y oficiales de los ejércitos, hay que hablar aparte.

A estos casi se les puede considerar como voluntarios, aunque se diferencian de ellos en una cosa bastante esencial; á saber: que cobran sus sueldos, reciben ascensos, y siguen, en una palabra, la carrera de que viven.

Las conveniencias sociales, de consuno con la opinión unánime de las gentes, obligan á los oficiales del ejército á tener pundonor, y la ordenanza es, con mucha justicia, severísima en esta parte. El pundonor obliga á los militares á ser valientes, porque estos sí que hacen profesión especial de serlo, además de la obligación que alcanza á todo hombre. Por tanto, si algún oficial siente flojear su espíritu, experimenta ese movimiento depresivo interior que se llama *miedo*, é inspirado por el pundonor, por el sentimiento del deber, impone su voluntad á la materia, y por pura reflexión se lanza al combate con la cabeza erguida, será lo que yo entiendo ser un valiente de buena ley, un verdadero valiente: un hombre que desprecia su flaca naturaleza, y se eleva, por consiguiente, á la altura de los héroes, porque comienza por vencerse á sí mismo, y esta es más señalada victoria que vencer al enemigo que está enfrente.

Dícese de Enrique IV de Francia, Borbón el bearnés, que era cobarde por temperamento, y en tanto grado, que hubiera caído del caballo al entrar en un combate de puro miedo, por

cuya causa se hacía atar fuertemente á la silla del caballo, confesando así públicamente su debilidad natural. Pero esto no obstaba para que, castigando él mismo su rebelde naturaleza, se lanzase de propósito en lo más recio de la pelea, é invitase á sus soldados á que siguiesen siempre el penacho blanco de su casco, porque contaba con la seguridad de que había de marchar adelante impulsado por su voluntad de hierro.

Enrique IV merecía fama de valeroso, y su ejemplo entusiasmaba á los más valientes; y así fué que, designando un día á Crillon, á quien todos apellidaban el *Hombre sin miedo*, el *Bravo entre los bravos*, y diciendo: «Este es el más valiente de mi reino»; le respondió el famoso guerrero, con la franca rudeza que le era característica.—Mentís, señor: el más valiente sois vos». Testimonio rendido á la verdad por un testigo intachable.

No me cansaré de repetirlo: el ardimiento que no es hijo de la voluntad serena, no debe confundirse con el valor.

A un hombre que se bate bien contra otro hombre, y quizá contra dos, ya sea en colectividad con otros, ya en lucha singular, se le ve á veces helado de espanto y sin aliento para defender su vida, si le acomete un lobo ú otra fiera; una enfermedad ó una simple indisposición le embargan el ánimo, é imprimen el sello del miedo en su pálido semblante; tiembla durante una tormenta en el mar; le aterran los relámpagos y truenos en una tempestad, ó padece otras flaquezas por el estilo. Está visto que su valor en el combate no nace del corazón y del entendimiento, sino de la ebullición de la sangre, que le causa embriaguez: necesita entrar en calor, aturdirse á sí mismo, para no ceder al miedo; pero la verdad es que teme perder la vida, y el peligro real ó imaginario, cuando raciocina, lejos de levantar su ánimo, se lo abate y deprime.

Hay un bravo famoso en una ciudad, y su fama consiste en su arrogancia, en su impertinencia, y en la facilidad con que desafia y se bate en duelo. ¡Hay tanto de comedia en los duelos! Yo he visto uno que hablaba siempre recio; miraba á los demás de arriba abajo, y hacía gala de no tolerar á nadie ni la cosa más insignificante. Contaba sus provocaciones y sus duelos consumados por docenas, aunque afortunadamente jamás se había enterado á nadie de sus resultas. Quiso en una ocasión imponerse á

una persona que jamás había hecho alarde de valiente, y por el contrario pasaba (y lo era) por hombre de trato dulce, tolerante y hasta humilde con todos: humilde sin bajeza. Este no tuvo por conveniente temer; fué desafiado por el otro, é indignado, le contestó que aceptaba el desafío con la condición de que se habían de batir en el acto á dos pasos de distancia, y con una pistola con bala y otra sin ella: duelo esencialmente mortal..... El pendenciero conoció el temple de su adversario; palideció, bajó la frente y calló. ¿Qué se había hecho de su decantado valor?

La cualidad del valor no tiene por único objeto las armas, ni se manifiesta sólo con el desprecio de la vida, sino que asiste siempre al hombre en las demás circunstancias.

Al valiente no le espanta la pobreza, y antes bien se arroja en sus brazos con buena voluntad, cuando su riqueza ó su medianía se hacen incompatibles con su conciencia ante Dios, ó su honra ante los hombres.

El que por conservarse en la gracia de un personaje, y gozar de sus favores, adula, miente ó sella sus labios ante la injusticia, es un ruín cobarde, aunque se sienta capaz de reñir él solo con un ejército entero.

El que por cumplir sus deberes arrostra la impopularidad, y hasta las iras de un motín, es un valiente; y también el que confiesa con franqueza sus yerros, dando en ello muestras de que le pesan.

Hombres tenidos por pusilánimes, quizá porque son pacíficos y humildes por naturaleza, han sufrido cárceles y martirios, por no revelar un secreto que les fué confiado, ó por no comprometer á otros. ¡Valientes! ¡valientes!

Para arrojarse entre las llamas de un incendio, ó en las embravecidas olas del mar con el objeto de salvar de la muerte á un semejante, se necesita corazón valeroso, y el que tiende desembozadamente su mano á un amigo á quien el vulgo, sin justicia, vilipendia, está muy lejos de ser cobarde.

El que en un peligro inevitable, de cualquier clase que sea, agotadas las fuerzas físicas en la lucha, se muestra sereno y resignado ante la desgracia inevitable, es ese varón fuerte.

Y por último, todos estamos conformes en llamar cobarde al suicida, aunque en apariencia no teme á la muerte, pues la busca;

y es que sabemos que un dolor físico ó moral le ciega la razón, ó le espanta el ánimo; que carece de fuerza para sufrir: que tiene miedo.

Sí, me afirmo en ello: el verdadero valor consiste en la serenidad del ánimo y en el sentimiento del deber y el pundonor. No se arredra ante la muerte, ora venga envuelta en una enfermedad, ora amenace en el filo de una espada, ora en la borrasca que azota al buque, en el rayo, en el terremoto, en el huracán, en el enemigo oculto. Las persecuciones, los trabajos, las calamidades, ni los desaciertos en que haya podido incurrir, son poderosos á acobardar al valiente. Un peligro desconocido, no le roba un ápice de su serenidad; y antes al contrario, cuanto más críticas, cuanto más amenazadoras son las circunstancias en que se halla, se muestra más sereno, y la fortaleza de su corazón se manifiesta en la tranquilidad con que contempla el daño que se viene encima, para parar los golpes, y luchar con éxito ó con probabilidades de éxito. La fuerza del hombre, en los momentos de apuro, consiste precisamente en conservar enteras todas las facultades físicas y morales de que Dios le ha dotado: esto es, en ser valiente: en no temer sino á Dios.

JUAN A. ALMELA.

D. ANTONIO JAVIER PÉREZ Y LÓPEZ.

Poco conocida y menos estudiada es generalmente, sobre todo en la Península, la literatura científica española, con especialidad la del siglo XVIII; como que hasta el día nuestros eruditos han consagrado casi siempre sus investigaciones, harto exiguas por desgracia, á las épocas anteriores, riquísimas ciertamente en todo linaje de monumentos literarios, más ricas que aquella sin duda, aunque no tanto como vulgarmente se cree, y á primera vista parece, á lo menos, bajo cierto aspecto. No cabe negar que nuestros teólogos de aquel siglo carecieron por lo común de elevación de miras y amplitud de doctrina; de unción y sentimiento nuestros ascéticos; nuestros historiadores de nervio y grandeza; de originalidad y espíritu sintético nuestros filósofos. Publicáronse multitud de libros llenos de talento y erudición, que instruyen y deleitan sobremanera, no sólo por la abundancia de noticias y clara exposición, sino también por la viva luz que prestan para comprender el variado y fecundo movimiento intelectual que en España se despertó con la venida de la dinastía borbónica, rotas las vallas que durante el siglo anterior nos tenían separados del resto del mundo; pero ninguno puede compararse en valor intrínseco, ni en trascendencia histórica con los que en el siglo XVI hicieron tan glorioso el nombre de los Sotos, Suárez, Granada, Mariana, Vives, León, Gómez Pereira, Huarte y el Brocense. Y no es que la España del siglo XVIII fuese menos dada al estudio ni menos fértil que las de otros tiempos en privilegiadas inteligencias: Feijóo, Campomanes, Pérez Bayer, Zeballos, Forner, Jovellanos, Andrés, Hérvas y Panduro, Exímeno y otros, eran seguramente hombres de vasta comprensión y de sa-

ber profundo, comparables bajo estos aspectos con los más insignes de cualquiera edad y nación.

¿Cómo fué, sin embargo, que no brotase de tanto talento, de tanto hervor intelectual y de tanto afán de investigar, ninguna obra que pueda llamarse monumental, ninguna producción de esas que sirven de punto de partida á grandes escuelas científicas y abren á los progresos del espíritu humano horizontes desconocidos ó casi inexplorados? La explicación de semejante fenómeno está para nosotros en la índole propia de aquel siglo, el cual, como época de transición, lo mismo en el orden científico y artístico que en el social y político, debía de ser más bien erudito, controversista y analítico, que creador y armónico, porque, cuando las sociedades se trasforman en virtud de nuevas ideas, al contacto de nuevos elementos, nunca triunfan estos sin chocar con las ideas y elementos antiguos, que aspiran naturalmente á conservar su preponderancia, resultando de aquí el recíproco examen, la discusión, la lucha. Tal sucedió entre nosotros en el siglo décimo octavo.

El escolasticismo en sus múltiples sectas, entre las cuales sobresalían la *tomista*, la *escotista*, la *luliana* y la *suarística*, muy decaído ya de su pristino esplendor, dominaba sin competencia, puede decirse, en nuestras universidades, al morir Carlos II el *Hechizado*, prestando su forma y carácter especiales á todos los estudios, desde la Teología hasta la Medicina, desde la Jurisprudencia hasta las Bellas letras, sujetando al espíritu racional en su petrificante inmovilidad, hija, no de esterilidad intrínseca, sino de la falta de espacio en que desenvolverse, y del estímulo de la contradicción que á ello le impulsase. Las ideas filosóficas que en otros países habían propagado, tomando tal vez sus gérmenes de España, Bacon y Newton, Descartes y Gassendo, Malebranche y Leibnitz, etc., renovando la faz de las ciencias, cuya dirección se disputaban, eran completamente ignoradas de nuestros doctores, inflexibles adversarios de toda novedad; pues aunque el célebre Caramuel las examinara en la anterior centuria, poco ó nada pudo influir aquel hombre extraordinario en los progresos filosóficos de España, por haber pasado lejos de ella la mayor parte de su vida. Pero al salir de nuestra atonía y aislamiento con la guerra de sucesión y los cambios políticos consiguientes,

algunos ilustrados españoles, á cuya cabeza descollaban el Padre Feijóo y el P. Tosca, dieron en estudiar y difundir las doctrinas de los pensadores extranjeros, impugnando total ó parcialmente las escolásticas, aunque sin desprenderse por completo de sus formas, desde puntos de vista diversos, si bien conformes todos en el principio del *excepticismo filosófico* ó *duda racional*, de *filosofar sin sistema* ó *eclécticamente*, expresiones que en su lenguaje venían á ser sinónimas.

Saliéronles al encuentro los escolásticos, y la polémica se encendió en las universidades, en los conventos y en los libros, polémica tenaz que ha llegado, bien que progresivamente amortiguada, hasta nuestros días, y contribuido sobremanera, cruzándose en ella todo género de opiniones, y desplegándose recursos de ingenio y de erudición nada vulgares, á los adelantamientos intelectuales de nuestra patria, mientras el calor de las pasiones políticas no vino á desnaturalizarla, ó más bien á reemplazarla con sus encarnizadas contiendas. El P. Calatayud, el P. Castro, el presbítero Valcárcel, el P. Fornes, el P. Pascual y el P. Alvarado, entre otros, fueron los principales adversarios de las nuevas ideas y mantenedores del escolasticismo, profesado también por el P. Eliseo García, el P. Losada, el P. Aguilar, el P. Puigservert, etc., en tratados didácticos de cierto mérito, siquiera algunos de ellos se resientan bastante del estado de lucha filosófica en que á su aparición se hallaba España.

Los PP. Tosca y Feijóo, así como el Dr. Martín Martínez y demás imitadores suyos en orden á sacudir el yugo peripatético, muy contrarios al principio por el fanatismo de sistema, por la prevención con que naturalmente habían de ser miradas sus doctrinas en una nación tan reconcentrada en sí misma desde los tiempos de Felipe III, sobre todo procediendo aquellas de países infestados por infinidad de errores contra la Religión cristiana, lograron poco á poco ganar terreno en la opinión pública, haciendo ver la sinceridad de su ortodoxia y sobreponiéndose á las preocupaciones de escuela. El *idealismo*, que en esta predominaba, hubo de admitir á su lado, aunque á duras penas, y tras porfiada lucha, al *sensualismo* y al *espiritualismo*, que, no siempre en verdad claramente deslindados ni con precisión definidos, se iban elaborando cada vez más sistemáticamente en el

seno del *eclecticismo*, acreciendo con sus mutuas controversias la variedad y animación de aquella era científica. El P. Tosca, secuaz de Gassendo, era en cierto modo el patriarca del primero en España, brillando muy particularmente entre los que siguieron sus tendencias y las desarrollaron más ó menos atrevidamente, al tenor de lo que en el resto de Europa acontece, pero siempre dentro del Catolicismo, el P. Ignacio Rodríguez Eximeno, Andrés, Montengon, Jovellanos, Pereira, Arteaga, el P. Muñoz, Reinoso, etc., etc. Quizás no tantos en número, pero no menos ilustres profesores tuvo el *espiritualismo*, como lo acreditan las doctas producciones que legaron á la posteridad el ya mencionado P. Feijóo, el P. Antonio Rodríguez, el P. Zevallos, D. Juan Francisco de Castro, el P. Almeida, el P. Hervas y Panduro, Viegas, representantes más ó menos directos de lo que llamaremos *Centro cartesiano*, y principalmente Forner, que concordando en metafísica con los principios cardinales de esta escuela, aspiraba á construir la filosofía sobre las doctrinas de Vives, de quien era entusiasta admirador y apologista elocuente.

Si lo corto de sus días no le hubiese impedido desenvolver en una obra especial el vastísimo plan que en su profundo entendimiento existía, á juzgar por las indicaciones en sus eruditos libros esparcidas; si, como al parecer tenía pensado, hubiese reducido á conjunto armónico la filosofía española de los pasados siglos, tomando á Vives por centro y punto de apoyo histórico, Forner, cuya doctrina era inmensa, al decir de Quintana, figuraría hoy al nivel de los primeros filósofos del mundo, sería el gran filósofo de la raza ibérica. Por desgracia no fué así, y sus generosos propósitos murieron con él, ahogándose en el revuelto mar de nuestras discordias civiles todas las tradiciones filosóficas de la nación, como antes se ahogaran, para renacer más tarde, las literarias. ¿Tendrá entre nosotros el romanticismo filosófico, ó dígase filosofía alemana, consecuencias análogas á las que en su línea, y al través de sus monstruosas aberraciones, produjo el romanticismo literario?

La sistematización de la filosofía espiritualista, concertando sus diversas esferas bajo un principio trascendental á todo su organismo, intentada y no realizada por Forner, Pérez y López la emprendió en sus *Principios del orden esencial de la natura-*

leza bien que de un modo sumario, no sin dar muestras de saber y de elevación de ideas. No se descubren en esta obra, como en las de Forner, señales de un detenido estudio de los filósofos ibéricos antepasados; todos los elementos que en su composición entraron son evidentemente extranjeros; sólo tiene de español la *forma*, tomada esta expresión en un sentido profundo. Hay entre ellas, sin embargo, además de la unidad de tendencias filosóficas, completa conformidad de pensamiento en punto á Religión y política—*Catolicismo y monarquía moderada*—habiendo sido idéntica la causa ocasional de su composición; el filosofismo ó filosofía irreligiosa que, poderosísima en toda Europa, amenazaba dilatarse por España y trastornarla, deduciendo consecuencias absurdas de la *duda racional* proclamada por los primeros reformadores de los estudios filosóficos.

La verdad religiosa, la verdad social y la verdad política, las tres cosas más necesarias para la felicidad del hombre, adulteradas, si no enteramente desconocidas por la antigüedad pagana, que, como acreditan todas las tradiciones, ansiaba, en medio de sus tinieblas intelectuales y de su degradación moral, un socorro del cielo que la pusiese en los caminos de la luz y de la vida, volvieron á brillar sobre la tierra con el advenimiento del cristianismo, verdad religiosa y base de la verdad social y política, realizándose y extendiéndose progresivamente, á pesar de las persecuciones de los tiranos, de las contradicciones de los sofistas y herejes y de la anárquica confusión de la Edad Media; hasta que la aparición del protestantismo, compendio de todas las herejías, vino á debilitar su influencia, y á torcer el curso de la civilización europea, cuando estaba abocada á tan magníficos horizontes, motivando el libertinaje en unas partes, la represión más vigorosa y terrible en otras, y el retroceso en todas. Confiada la verdad absoluta á las fuerzas naturales de nuestra *oscura y flaca razón*, pronto comenzó á eclipsarse en gran número de entendimientos, dando paso á todos los delirios de la gentilidad, al error en sus múltiples manifestaciones, al deísmo y al panteísmo, al ateísmo y al excepticismo, relegados por Jesucristo, presente siempre en la Iglesia, á la región de los recuerdos, donde yacían con los Cenones y los Epicuros, con los Porfirios y los Julianos, y resucitados por los Brunos y los Espinosas, los Hobbes y los

Rousseaus, los Bailes y los Voltaires, oráculos de la impiedad; cuyos escritos, que escondían bajo diferentes formas la misma ponzoña, presentaban en pugna á la naturaleza, la Religión y la política, ora enseñando á los Reyes la ciencia de la tiranía, ora excitando á los pueblos á rebelarse contra las legítimas potestades con tumultuoso clamoreo en sangrientas revoluciones. Y esas obras, sin embargo, corrían con aplauso y aceptación!.... En ellas, como dice Pérez y López, la sabiduría de las palabras arrastraba á los incautos, el libertinaje á los jóvenes, la singularidad á los presuntuosos y la sátira á unos y otros; de manera que, al parecer, los *espíritus fuertes* formaban el reino del Anti-Cristo, poderoso únicamente en prestigios y encantos.

La revolución filosófica, mientras se contuvo dentro de los límites católicos, fué útil y saludable, por cuanto sacó á España del estrecho círculo del escolasticismo en que nos entreteníamos disputando las más de las veces sobre quimeras y cavilaciones inextricables. Traía consigo, empero, un gravísimo peligro anejo á todo movimiento expansivo del espíritu humano: el de traspasar su esfera propia, y de filosófico degenerar en social y religioso, confundiendo las cosas dubitables con las necesarias, las naturales con las sobrenaturales; peligro tanto más temible, cuanto que las ideas disolventes, llevadas en Francia á su más lata expresión, se propagaban desde allí en todas direcciones con inaudita rapidez, trasformando á la Filosofía, de amiga y defensora, en feroz é implacable enemiga de la Religión. La incredulidad, no obstante, sea por la índole de nuestra constitución social y política, sea por lo arraigado que estaba en nosotros el sentimiento católico; la incredulidad, decíamos, no encontró en España apóstoles, ni doctores de valía, y si por ventura hizo algunos prosélitos, fué sólo entre la clase subalterna de la literatura, y entre la aristocracia cortesana, cuyas pasiones halagaba, preparando los desórdenes del reinado de Carlos IV. Los talentos sobresalientes, y en particular los filósofos, contra lo que en Francia y en Inglaterra acontecía, todos permanecieron fieles á Jesucristo, casi todos se distinguieron como defensores de sus divinos dogmas, siendo de notar que los principales apologistas del Cristianismo no saliesen de las filas escolásticas, sino de las contrarias, especialmente de las espiritualistas.

Valcárcel, bien que confundiendo á los antiescolásticos con los incrédulos, el P. Antonio Rodríguez, en el terreno de las ciencias físicas, y el P. Zevallos, varón doctísimo y escritor de singular elegancia en su ingenua sencillez, atacaron con gran denuedo á la falsa filosofía en todas sus formas, pero sin oponerle el conjunto de sus propias doctrinas sistemáticamente ordenado. En Castro (D. J. F.^{co}), en el P. Almeida, y sobre todo en Forner, vemos algo de esto último, unido á la impugnación directa y analítica de las teorías heterodoxas. Pérez y López, quizá menos sabio y profundo, les aventaja, sin embargo, pues dejando la crítica, si puede así decirse, anatómica, se eleva á una síntesis trascendente de las ciencias morales para contraponerla al enciclopedismo que á todas las invadía.

Al efecto, deseoso de sentar un principio de razón evidente que sirviese de cimiento á su teoría, meditó, como él mismo dice, sobre el gran espectáculo de la naturaleza, admirando su orden y recordando cuánto le ensalzan los inspirados autores de las Santas Escrituras, donde se lee que Dios vió juntas todas las cosas, y que eran muy buenas; que los cielos publican la gloria del Señor; que por las cosas visibles se conocen las invisibles; que el universo es á modo de un espejo de la esencia y atributos divinos, y en fin, que los hombres que carecen de ley escrita ó positiva, ellos mismos son su ley; esto es, que en la naturaleza humana encuentran esculpidos los preceptos del Derecho natural.

«Si el espectáculo de la naturaleza, me preguntaba yo á mí mismo—prosigue nuestro autor en el *discurso preliminar*, donde »expone detalladamente el plan y objeto de su obra—es bueno »para manifestar la esencia y atributos de Dios, ¿por qué no ha »de serlo para mostrar su voluntad divina conocida por la propia »naturaleza? Si la grandeza y armonía de las entidades que la »componen, prueban la omnipotencia y sabiduría de su autor, »¿por qué los fines naturales del hombre, del mundo y del uni- »verso no han de mostrar que su Criador quiere el cumplimiento »de estos mismos fines, y prohíbe lo contrario á ellos? Cierta- »mente no se encuentra diferencia: antes bien el orbe es el gran »código de la ley natural, donde están grabados los fines de Dios »y de las cosas criadas, al modo que en un reloj están los del ar- »tífice y su obra».

Mas ¿cómo deducir de la naturaleza el ideal del bien, su-
 puesta la gran corrupción que en ella por todas partes adverti-
 mos? ¿Hemos de tenerla por una deidad, y por respuestas de
 oráculo sus apetitos desordenados? El filósofo que nos ocupa creyó
 hallar el modo demostrativo de vencer tan poderosa dificultad,
 eliminando de las obras de Dios las disonancias que turban su
 armonía, dado que si, alguna inclinación es opuesta á este orden,
 no es obra de Dios, antes bien procede del pecado. Por este me-
 dio, añade Pérez y López, «se muestra el error y extravío de al-
 gunos autores que toman el desorden por el orden natural,
 »como el quietismo, pues repugna á la perfección de Dios que
 »comunique una ley por el orden de la naturaleza y mande lo
 »contrario por la revelación. Luego que descubrí esta luz sin ti-
 »nieblas y este norte sin tropiezos, establecí el orden de la natu-
 »raleza por principio de todas las ciencias morales».

Empeñado nuestro autor en semejante propósito, cumpliale
 ante todo determinar la idea del orden en general, para conside-
 rarle luego en sus diversas determinaciones en la línea meta-
 física, física y moral. Así lo hace Pérez y López. De la noción
 del orden, elévase después á la del Sumo Ordenador en quien
 aquel reside supremamente, constituyendo su perfección, hermo-
 sura y felicidad absolutas; y descende en seguida al estudio del
 orden esencial del universo, imagen y representación del divino.
 Demostrando á continuación la inmaterialidad, espiritualidad é
 inmortalidad del alma, y poniendo á la vista el orden espiritual
 y físico del hombre, descubre las tendencias y fines de nuestras
 facultades superiores é inferiores, declara las leyes naturales di-
 rectivas de las mismas en sus diferentes relaciones para la conse-
 cucción de aquellos, asienta de esta suerte sobre bases metafísicas
 la Religión, la Moral y el Derecho, y hace ver que en el misterio
 de la Encarnación del Verbo se verifica el restablecimiento del
 orden de la naturaleza, que es el verdadero espíritu de las leyes.

Tales son los lineamientos más relevantes del plan cuyas pro-
 posiciones fundamentales establece el filósofo andaluz eslabonán-
 dolas por el método geométrico, que no impide á su estilo ser con
 frecuencia animado y elocuente. No es un sistema igualmente
 seguro en todas sus partes; no carece de lados débiles, particular-
 mente en los últimos capítulos; pero sus principios y reglas ge-

nerales, aunque someramente expuestos, se presentan á nuestra consideración sólidos y bien concertados, formando un todo en que no se echan de menos cierta grandeza y armonía. Abundan los *Principios del orden esencial de la naturaleza* en pensamientos brillantes y á veces profundos; y aunque se conoce que el autor tuvo presentes las obras de Descartes, Leibnitz y las de los sucesores de estos ilustres filósofos, á quienes se ajusta en ocasiones, y en ocasiones impugna, no carece aquella de originalidad, ni de españolismo, mirada en su conjunto. Efectivamente; si la comparamos con *El filósofo autodidacto*, del moro andaluz Thofail, con el *Libro de las criaturas*, del sabio catalán del siglo XV Ramón Sabunde, y con los escritos platónicos que en el siglo XVI dió á luz el malogrado sevillano Sebastián Foxo Morcillo, descubriremos entre unos y otros notables analogías en cuanto al método y punto de partida que adoptaron en sus sublimes especulaciones, como si un mismo espíritu, sólo modificado por los tiempos y las circunstancias, alentase en ellos y gobernase su pluma, patentizando así la esencial unidad y consecuencia de la nación ibérica en todos los períodos, en todas las fases, en todas las revoluciones de su inmensa y complicada historia.

GUMERSINDO LAVERDE RUIZ.

CRÓNICA POLÍTICA

DEL INTERIOR Y DEL EXTRANJERO.

La historia de las negociaciones diplomáticas entabladas entre el ministerio Sagasta y el gobierno de Gambetta, parece que va á ser interminable. En honor de la verdad, es un asunto cuyos datos oficiales nos son desconocidos; pero las versiones satisfactorias que generosamente nos han suministrado los periódicos más adictos al ministerio, bastaban por sí solas para alejar todo temor de un tristísimo fracaso. Todo marchaba á pedir de boca: Mr. Saint Hilaire y el Marqués de la Vega de Armijo, estaban á partir un piñón, y la monarquía de D. Alfonso y la república de Mr. Grevy venían á ser como uña y carne. ¡Qué triunfo! El periódico de más íntimas afinidades ministeriales no tubo inconveniente en anunciar que ya habían empezado á repartirse las indemnizaciones.

Si no llegó á pensarse en la erección de una estatua á la memoria de nuestro Embajador en París, ha de haber sido sin duda porque esos honores no se conceden en vida. En cuanto al ministerio, claro está que se le ponía diariamente en las nubes. Pero, ¡oh fragilidad de las cosas humanas, y sobre todo, de las negociaciones diplomáticas dirigidas con mesura, con calma, con sensatez inaudita! porque es el caso que á la hora presente no hay nada de lo dicho. Mr. Saint Hilaire lo ha pensado mejor, y se vuelve atrás, y todo el castillo de naipes de las reclamaciones sensatas se lo ha llevado el aire. El gobierno de la república vecina se niega muy sandungueramente, como decimos aquí en España, á toda reparación, y échele V. un galgo, es decir, échele V. el ministerio reinante.

¿Qué se hace en este caso de tribulación diplomática? Los diarios ministeriales, aunque se dan buena vida, callan como muertos; vuelve á escape el ministro de Estado; gran consejo de ministros; corre la voz de determinaciones enérgicas, y el presidente del consejo y el ministro de la guerra salen como dos cobetes para Comillas. Y nada. Allí está López, que si no ha inventado la pólvora, parece como que ha inventado el dinero, que por lo visto es la pólvora de estos tiempos arcádicos. Des-

cúbranse ustedes que pasa Creso. Ha sabido hacerse rico, y tiene una escuadra de vapores que por sus *tantis cuantis* traen y llevan la correspondencia, *item* más, pasajeros, de la península á Cuba y Filipinas, y *vice versa*, en virtud de lo cual va á ser duque. Otros lo son con menos motivo, y sobre todo con mucho menos dinero. A lo menos, no se le puede negar el mérito de ser liberalmente monárquico. Ello es, que en Comillas, mediante un buen estómago, deberá comerse bien, se hace por la vida y he ahí todo.

Aquí del hervidero político de las noticias con que se animan en estos días las conversaciones de los círculos políticos: Fernán-Núñez (lo nombraremos democráticamente) vá á ser licenciado en cuanto se abran las Cortes, sin duda para que tenga alguna puerta por donde entrar en España. Mas, la tirantez entre los dos gobiernos es extrema, más aun, las relaciones diplomáticas entre Madrid y París están á punto de romperse; más todavía, se han roto. ¿Y qué? Nada, absolutamente nada. Esperemos, y entre tanto todo se encuentra lo mismo que antes de Saida, en Saida, y después de Saida. Nuevo consejo de ministros, es decir, cero al cociente.

Ahora dicen que el 21 se abrirán las cortes, y allí habrá la de Dios es Cristo. Imposible. ¿Entonces para qué son las mayorías? ¿Para qué sirven los votos de confianza? Sí, hay cierta irregularidad en el proceder del gobierno francés; pero, señores, vamos á romper con una república que expulsa á las comunidades religiosas, y arranca la imagen de Cristo Crucificado de las escuelas, y proscribde de la enseñanza toda noción religiosa? Grevy es tan razonable que á todo se encoge de hombros, le gusta la buena mesa, y hace por la vida. Ferry ha sabido ganar las elecciones, ¿qué más hay que pedirle? Saint Hilaire. ¡Qué tarambana tan delicioso! Gambetta. ¡Qué simpático!.... Se dirá que hemos recibido el bofetón en ambas mejillas; pero, señores, pongámonos en el punto exacto de las cosas. ¿Qué es la República? Una mujer; más todavía, una mujer libre. Jamás la habréis visto representada de otra manera. Pues bien, yo digo: manos blancas no ofenden. (Aquí probablemente aplausos). Por otra parte, ¿hemos de volverle la espalda á la República, cuando en medio de los desastres que la rodean en la Argelia, intenta también echar su cuarto á espaldas sobre Marruecos? No digo más, vuestros votos van á decidir si el gobierno merece la confianza del país.

Después de una arenga semejante, la votación unánime se cae de su peso. Aquí tiene el lector la historia pasada, presente y casi futura de las negociaciones diplomáticas, entre Sagasta y Gambetta, entre Saint Hilaire y Vega Armijo. También hay quien sospecha que se le puede echar el muerto al Ministro de Estado. ¿Por qué no? Mayoría no ha de faltar para hacerlo, y el ministerio homogéneo está detrás de la puerta.

Aunque ustedes se rían, no ha de arreglarse tan fácilmente la cuestión del juramento, porque hay quien la ha tomado en serio. ¿Cederá

Sagasta á esa pretensión de la gente ligera de cascos? No y sí. No, porque algún tributo hay que pagar á la costumbre, y no suelen verse las cosas lo mismo desde arriba que desde abajo. Sí, porque al defenderlo severá en la necesidad de quitarle toda importancia. Después de todo, para Sagasta es lo mismo; pues echada la suerte como está, toda crisis le ha de ser irremediabilmente favorable, y más pronto ó más tarde, en esta legislatura ó en la otra, la modificación del gabinete en sentido constitucional neto no puede evitarse.

El caso que se nos ofrece es contradictorio y salta á la vista. Por una parte la situación del ministerio es insostenible, y por otra el ministerio es irremplazable. Insostenible, porque la benevolencia de las fracciones francamente revolucionarias, empiezan á pedir el cumplimiento de los compromisos contraídos. Irremplazable, porque, hablemos con franqueza, ¿dónde va á buscar la alta sabiduría de la corona otro ministerio, cuando hemos sabido que boca altamente autorizada ha dicho con cierto sentimiento que todavía no se puede llamar á Ruiz Zorrilla?

Eso sí, se ha puesto cierto veto reglamentario al ejercicio legal del casino democrático, progresista, federal, posibilista, pactista y no pactista, después de inaugurado en sesión solemne, donde se han echado á vuelo todas las campanas de la disolución social, y se ha cerrado interinamente so pretexto de que todavía no están aprobados los Estatutos; pero en cambio, y váyase lo uno por lo otro, Pi-Margall ha celebrado su conferencia magna en el Circo de Rivas, donde, coronado de aplausos, ha sacado el último jugo á los principios liberales. Este hombre, inflexible como la lógica de los hechos, vino á decir en sustancia: Aquí vamos de utopia en utopia, esto es, de disparate en disparate; pues bien, ¿por qué el mío ha de ser más absurdo que los anteriores, cuando precisamente es la consecuencia de todos ellos? Ahora bien, cuando contesten á eso los sofistas de este bajo Imperio.

No hace muchos días que la legalidad existente quiso corregir los errores de Isabel la Católica, llamando á los judíos expulsados de Rusia á formar parte de la familia española. Pi por su parte completa la obra corrigiendo á su vez otro error de los Reyes Católicos, el grande error de haber constituido la unidad nacional. El jefe pactista sabe como cualquiera que España histórica y geográficamente es federal, y que solamente el lazo religioso ha podido unir estrechamente entre sí la diversidad de caracteres, intereses, lenguas, costumbres y razas que pueblan la Península. Roto el vínculo fundamental de la unidad religiosa, y profundamente relajado el de la unidad monárquica, la anarquía federal se viene por sus pasos contados. Abiertas las puertas de la disolución nacional, sustancialmente contenida en los principios liberales puestos en práctica, los federalistas no hacen más que entrar por ellas, tambor batiente y contodos los honores de la lógica. ¿Qué hay que decirles? ¿Qué aun no es hora? ¿Quién es aquí el que tiene

el reloj en la mano? Y hay más: Madrid ha empezado á ser antipático á las provincias.

A todo esto la candidatura de Posada Herrera para la presidencia del Congreso no es todavía pan comido, pues los constitucionales de pelo en pecho, y los demócratas de todos pelos la miran muy de reojo, y puede que tengan razón; ellos llevan en el juego su *martingala*, y en la eventualidad de una crisis, Posada Herrera Presidente de la cámara popular, con Concha Presidente de la cámara hereditaria, vitalicia y electiva, serían privilegiadamente llamados á Palacio, y hasta ahí podrían llegar las bromas. Toda la demás tela que hay cortada irá saliendo por su orden, y no hay para qué nos anticipemos á los sucesos.

Cada vez presenta peor aspecto el mal negocio en que se ha metido la República francesa en Africa. Se puede decir que las tropas republicanas no poseen más terreno que el que pisan; pues la insurrección es completa. Se les ha jurado la guerra santa, y se encuentran rodeadas de incendios que devastan el país, el clima les es tenazmente adverso, y hasta el hambre se ha declarado en su contra. Gambetta, sin embargo, continúa guiñándose el ojo á sí mismo en señal de mutua inteligencia. Las elecciones del 4 del presente mes han sido favorables á los intransigentes: y dan un carácter más radical al escrutinio del 21 de Agosto; así es que Gambetta ha empezado á tentarse la ropa. ¿Lo han oído ustedes en Nenbourg? Pues allí ha hablado como quien quiere detenerse. Adelante, dice, pero por sus pasos contados, nada de utopías, nada de quimeras. Ya hemos llegado á la reja donde se despachan los billetes, ahora no hay que empujar, caballeros. ¿A qué apresurarnos? ¿Lo hemos de hacer todo nosotros? Algo hay que dejarle que hacer al siglo que viene para que no se muera de puro fastidio. Señor Gambetta, Sr. Gambetta, ese es el recurso de los ambiciosos ramplo-nes, V. quiere detenerse porque el radicalismo le ha vuelto la espalda, porque su popularidad revolucionaria se ha quedado coja. ¿Y con qué quiere V. detener la anarquía material que amenaza á Francia? ¿Con la anarquía moral y legal de que V. ha sido ídolo é instrumento? ¿Tiene V. algún ejército á la mano con qué detener el paso de carga de sus antiguos amigos? Desengáñese V., Sr. Gambetta, cuando se carga el fusil hasta la boca, se ataca bien, se ceba abundantemente, se apunta y se dispara, es soberanamente ridículo decirle al tiro que salga despacio.

¿Y al fin va V. á decidirse á formar el nuevo ministerio? ¿Para qué? para encaramarse en la presidencia de la República, ó para acabar de caer en la oscuridad de donde para bien de la Francia no debiera V. haber salido? Mr. Grevy no se muestra apurado por eso; se ha dado muy buena vida en las montañas del Jura y parece como que deja á Gambetta en manos de su oscuro destino.

¿Y qué podremos decir de Italia? El gobierno del Quirinal es otra especie de Gambetta, impotente para contener la agitación revolucionaria, que pide hoy la abolición de la Ley de garantías y que pedirá mañana la república. ¿Con qué elementos puede contar para contener el desbordamiento de la demagogia italiana? En los *metings* celebrados en las grandes ciudades se injuria al Papa y se insulta á Dios mismo, y como el principio del castigo, esos ahullidos de la impiedad más desatentada son el mayor escarnio que se puede hacer de una monarquía y de un gobierno. ¿Puede S. S. continuar así en Roma? He ahí una cuestión inmensa. ¿Se contendrá la impiedad ante el Embajador que va á representar á Alemania cerca del Papa?

Esos mismos demagogos poco más ó menos andan desesperados en Portugal, porque, como no han hecho ellos las elecciones, el sufragio les ha sido adverso, y el gobierno parece como que quiere tenerlos á raya. ¡Pobre monarquía portuguesa! Padece la enfermedad liberal, y esa es dolencia incurable. Es mucha frescura la de estos poderes públicos que nos han proporcionado los adelantos políticos del siglo. Arman á sus enemigos hasta los dientes, y luego quieren defenderse de ellos. Vamos, están dejados de la mano de Dios, y eso que viven de milagro. Pasen, pues, y lleguen cuanto antes al término fatal de sus destinos.

* *

Volvamos los ojos hacia espectáculos menos desconsoladores. Causalmente el gran asunto de estos últimos días entraña una verdadera importancia europea. La paz religiosa en Alemania es ya un hecho. Bismark no es Gambetta, ni el Emperador Guillermo es el Rey Humberto, y el Monarca y el Canciller han abierto los ojos á la necesidad de una política que respete y considere los derechos de la Iglesia y de los súbditos católicos. El *Kulturkampf*, ha caído de hecho ante estas palabras del Emperador Guillermo, pronunciadas en presencia de Monseñor Korum. «Están, ha dicho, demasiado unidos la causa del orden y el porvenir de las naciones con las doctrinas morales del Cristianismo, para que podamos consentir que los revolucionarios italianos lleven adelante su guerra de odio contra el Romano Pontífice».

La paz, pues, entre la Iglesia católica y el Estado alemán es un hecho. ¡Y en qué ocasión se verifica! En el momento en que los poderes públicos de las naciones occidentales, que han llevado siempre el nombre de católicas, abandonan al Vicario de Cristo á los últimos furores de la revolución impía. Y esto en ocasión en que esas potencias se encuentran divididas, y en casi absoluta imposibilidad de aliarse. Italia prepara armamentos, amenazadores para Francia, España, sea la que quiera la debilidad de su gobierno, se siente indignada contra la República francesa, y Portugal seguirá al pie de la letra los con-

sejos de Inglaterra, animada muy desfavorablemente contra Francia por sus proyectos en Africa.

Será admirable ver á un Estado protestante echar el peso de su poderosa influencia en favor del Pontífice Romano, para detener la impiedad de la revolución, engendrada, protegida y adulada por los poderes oficiales de las naciones Católicas. Pero no hay medio extraordinario que no quepa en los designios inescrutables de la Providencia.

A la vez los católicos de Europa aprietan sus filas, porque la sociedad casi disuelta por la acción deletérea de poderes degradados y corrompidos no tiene ya más que una defensa: la Unión Católica. Decididamente no se le ha confiado á ninguna bandera política, á ningún derecho dinástico, por especial encargo, el insigne honor de salvar el orden social en estos momentos de suprema agonía para la verdad y para la justicia. A un lado, pues, todas las banderas políticas ante la santa bandera del reinado social de Jesucristo. Aquí no hay ya más Credo que el Símbolo de los Apóstoles: Dios ha sido antes que todos los Césares.

* * *

En resumen: mientras los gobiernos de Francia, Italia, Portugal y España, instrumentos ó cómplices del ateísmo revolucionario, viven en medio de pavorosas incertidumbres, á merced de la anarquía moral, sin más recursos de existencia que la corrupción de las ideas, de los sentimientos y de las costumbres, sin poder avenirse entre sí, más dispuestas á despedazarse que á entenderse, sin más lazo de unión que la guerra sistemática á la Iglesia de Jesucristo, el Czar de todas la Rusias, burlando el espionaje de los noticieros telegráficos, se embarca en Peterhof, y se dirige á Danzik; allí llega á su vez el Emperador de Alemania, acompañado del Príncipe heredero, á los que sigue Bismark, y en secreta y cordialísima conferencia, se sella evidentemente la alianza de los tres Emperadores.

¿Para qué se alían? Dios lo sabe, pero ante todo los une un interés común. Se alían para hacer frente á todas las demagogias que infestan á Europa, nihilistas, socialistas, comunistas, á la revolución, en fin, que se anida en los antros de las sociedades secretas.

¡Las potencias del norte aunando sus esfuerzos para contrarrestar el desatado empuje de los bárbaros de Occidente!

¡Cómo cambia la Historia!

JOSÉ SELGAS.

MISCELÁNEA.

PEREGRINACIÓN NACIONAL Á ROMA.

Nos holgaríamos mucho de que fructificase el pensamiento de varios católicos de Cataluña, quienes han dirigido al Director de *El Fénix* la siguiente carta.

«Muy señor nuestro: Como todo noble pensamiento encuentra en usted generosa acogida, no dudamos un instante en manifestarle la idea que ha germinado en varios pechos catalanes, de los que laten siempre con entusiasmo por la grandiosa causa de la Religión, y están dispuestos á sacrificarlo todo, siempre que se trate de llevar algún pequeño consuelo al atribulado espíritu del glorioso sucesor del grande é inmortal Pío IX.

»El Padre común de los fieles gime prisionero en manos de sus enemigos, y no goza de la libertad necesaria para ejercer sus elevadísimas funciones.

»La revolución redobla cada día sus ataques á la Sede de San Pedro, y hoy, después de haber insultado sacrilegamente los restos mortales del gran Pío IX, quiere apoderarse del Vaticano, como ayer se apoderó de la Bastilla. En la capital misma del orbe católico, una turba de presidiarios insulta groseramente y calumnia al Vicario de Jesucristo y á sus antecesores, y los ministros del titulado Gobierno de Italia toleran estas injurias y estas calumnias, y cruzados de brazos permiten que sectarios de la más ruin especie proclamen el exterminio de la Cabeza visible y de los altos dignatarios de la Iglesia católica.

»¡Cuánto debe sufrir el corazón magnánimo del gran León XIII!

»Cierto que los católicos le dan cada día pruebas evidentes de incondicional adhesión; cierto que de todos los pueblos de Europa llegan diariamente al Vaticano millares de protestas contra los crímenes de la revolución y contra los atentados que meditan los revolucionarios; cierto también que el Padre Santo sabe que puede contar con millones

de españoles dispuestos á derramar su sangre, si necesario fuese, en defensa de la Santa Sede. Pero esto no basta: es preciso dar otras pruebas de amor á León XIII, y dárselas de modo que sus carceleros y verdugos entiendan por ellas que estamos hoy más unidos que nunca á la Santa Sede.

»Y ¿qué prueba más clara y evidente de adhesión á la Santa Sede podemos dar en estos momentos que acudir en piadosa romería á visitar el venerando sepulcro de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo, el sepulcro del grande é inmortal Pío IX, y la cárcel del Vaticano para decir á León XIII: «Padre Santo: aquí tienes miles de hijos sumisos que están todos igualmente dispuestos á sacrificar por la Santa Sede cuanto son y cuanto valen; donde quiera que esté el Vicario de Jesucristo, y sea cual fuere la situación en que se halle, estamos y estaremos siempre á sus órdenes, como los buenos hijos están siempre á las órdenes de su padre?»

»La peregrinación debe ser de todos los católicos, para quitar al Gobierno toda sombra de pretexto para decir que nos lleva á Roma algún fin político. Y por el mismo motivo debe ir presidida por nuestros Prelados, que por otra parte son jefes natos de toda obra católica, como puestos por el Espíritu Santo para regir y gobernar á la Iglesia de Dios, y para ordenar todo lo que á ella se refiere.

»¿Qué debemos decirle, Sr. Director, respecto de la organización de esta nueva y nacional peregrinación á Roma?

»En concepto de los que suscriben, debe empezarse por someter el pensamiento íntegro á la aprobación del Episcopado español, y la Asociación de Católicos, y la Juventud Católica, y la Sociedad de San Vicente de Paúl, y la Unión Católica, organizada ya en algunas diócesis y en otras próxima, muy próxima á organizarse, deben ponerse á las órdenes de los Prelados, para auxiliarles en la ardua empresa de llevar á cabo una obra tan grandiosa.

»Dése la señal por los únicos que pueden darla, y el labrador dejará el arado, y el comerciante cerrará su comercio, y el abogado suspenderá sus pleitos, y el propietario se olvidará de sus fincas, para ir á recibir en Roma la bendición del representante de Jesucristo en la tierra.

»Y si se logra, como se logrará, organizar expediciones económicas, no serán los obreros de las ciudades y los jornaleros de los campos los que menor contingente den á la peregrinación.

»Hé aquí, Sr. Director, la idea que hoy nos ha movido á escribirle. En esta noble tierra de Cataluña no se concibe que los católicos estemos cruzados de brazos mientras el Papa gime prisionero en Roma. El grito de ¡A Roma, católicos españoles! sale de todos los labios, y es repetido hasta por hombres que desgraciadamente habían mirado siempre con indiferencia la opresión en que gime la Santa Sede.

»El huracán de las pasiones revolucionarias, que furioso ruge en al-

gunas infortunadas ciudades de Italia, ha llegado á España; pero aquí ha servido sólo para avivar el entusiasmo de los católicos, y aun para llevarse la ceniza que cubría el fuego que todavía conservan en el fondo de su pecho muchos que parecían haber olvidado que son católicos.

»Suplicamos á V. que publique en su diario estas líneas, que son eco fiel de lo que piensan los católicos de Cataluña.

»De V. afectísimos seguros servidores que besan su mano.—*Varios católicos de Cataluña.*»

Vive Dios que la voz de la elocuencia va á resonar en las próximas Cortes como eco fidelísimo del pensamiento nacional. No sabemos disminuir nuestra alegría, considerando que los principios católicos van á estar representados en el Senado por Obispos tan ilustres como el de Córdoba, el de Barcelona, el de Tuy, el de Huesca, el de Salamanca, el de Coria, el de Guadix y quizá algún otro venerable Prelado. Por lo que hace al Congreso, cierto que podía y debía ser más numerosa la representación católica, pero si esto no ha podido ser, por culpa de..... nuestros pecados, en cambio es sobre toda ponderación dignísima, la que ha luchado y vencido en las pasadas elecciones. ¡Lástima grande que no forme en ella nuestro sabio amigo D. Juan M. Ortí y Lara, que aspiró á representar en el Congreso (pocos candidatos podían hacerlo con mejores títulos), un distrito de la provincia de Jaen!

NECROLOGÍA.

Nuestro distinguido compañero y amigo el Sr. D. Santiago de Liniens ha tenido la inmensa desgracia de ver morir á su anciano padre, persona de gran entendimiento y de nobilísimo corazón. Ha tiempo que prevíamos tan funesto desenlace; mas ni esta consideración, ni la dulce esperanza que abrigamos de que en el cielo habrá recibido el difunto la recompensa que merecían sus virtudes, son bastante á impedir el dolor que experimentamos, viendo que ya no existe aquel que fué en vida dechado de caballeros y excelente padre de familia. Rogamos con todo encarecimiento á nuestros lectores que pidan á Dios por el eterno descanso del finado. Bien sabe su hijo, el dignísimo Secretario general de la *Unión Católica*, que no hemos de olvidar la memoria de

su padre en nuestras oraciones humildísimas. En el entretanto reciba el pésame que de todo corazón le enviamos á su actual residencia de Burgos.

También ha muerto en Viguera (provincia de Logroño) la Sra. Doña Nicolasa Vallejo y Baños, madre de nuestro respetable amigo y paisano el Excmo. Sr. Marqués de Vallejo. Tomamos parte en la pena que aflige al Marqués y á su estimable familia, y rogamos al lector que una sus plegarias á las nuestras, para que Dios admita en su seno á la respetable Señora que acaba de bajar al sepulcro, y que solo pensó en hacer bien durante su peregrinación por este mundo. Finalmente, en estos últimos días, la muerte avara llevóse para sí á la Sra. Doña Tomasa García Jalón de Golmayo, dejando sumida en grande amargura á su numerosa familia, unida á la nuestra con estrechos vínculos de parentesco. Encomiéndenla á Dios nuestros lectores.

R. I. P.

ESTUDIOS BÍBLICOS.

EL PENTATEUCO.

(Continuacion.)

Probada la autenticidad del Pentateuco como obra de Moisés, y contestadas las objeciones recopiladas por el autor á quien respondemos en este pequeño trabajo, pierde mucho de su importancia la cuestion relativa á la unidad de la obra; pues como ya está dicho, no es imposible que Moisés empleara algunos documentos escritos, como ciertamente los empleó tradicionales, con tal que no se entienda que los usó sin discernimiento, insertando uno despues de otro, sin juicio ni crítica alguna. Pero no es así como lo entiende el racionalismo, que despues de mil hipótesis y cambios de opinion, parece haberse fijado en la que adopta Nöldeke y hemos expuesto ya. Un escrito fundamental elohista, dos más, amalgamados ya entre sí cuando el *redactor* hizo la refundición allá por el siglo VIII ó IX antes de la era vulgar, y un autor del Deuteronomio, que se permitió retocar el libro de Josué. Tal es la opinion más seguida por la hipercrítica alemana, que tambien sigue en esto como en todo Renan, sin contar con variantes introducidas por otros autores, por ejemplo Ewald, que ve en el Pentateuco ocho manos distintas, y sabe cuándo escribió cada una, de qué tribu era, á qué intereses obedecía. Pues bien;

todo ello es vanidad, afirmaciones sin fundamento sólido, pedantería de gramáticos, supuesta la incredulidad en el orden sobrenatural. Moisés pudo servirse de algun monumento escrito, pero con discernimiento y plan; y el Pentateuco es una obra completa escrita con intencion y meditacion no escasa. Esto es lo que pretendemos hacer ver al contestar á las aparentes razones de los adversarios.

Viene desde luego la que se funda en los dos nombres de Dios, *Elohim* y *Jehovah*, que caracterizan diversos fragmentos, segun la escuela crítica, y fué la base de las *Conjeturas* de Astruc, y por tantas vicisitudes ha pasado, hasta declarar algun eximio racionalista que no puede hallarse en ella criterio suficiente para caracterizar y distinguir fragmentos. Y á la verdad, sólo la ligereza é impericia de un médico metido á teólogo pudo tropezar en obstáculo tan liviáno, cuando siglos antes habian dado razon del empleo de los citados nombres los rabinos Ha-Leví y Abrabanel, ó al menos habian explicado la relacion mutua de dichos nombres, de manera que fuera fácil dar razon del empleo de cada uno en los principales pasajes que suelen objetarse. Segun Jehudá Ha-Leví la voz *Elohim* expresa la *idea general* de la Divinidad sin nocion precisa de personalidad ni cualidad moral, de modo que todo hombre puede elevarse hasta su conocimiento, pues todo hombre puede conocer que el mundo tiene un autor, un señor y director. De aquí se sigue que la voz *Elohim* era de antiguo un término monoteista, é implica por lo tanto una religion monoteista. Mas el ignorar su raiz, que forzosamente hubo de tener primitivamente, y el aparecer con una forma gramatical, la forma de plural, aunque empleado como singular, fuera de los poquísimos casos en que recibe una extension figurada, hace plausible la opinion de los que ven aquí latente la triple personalidad de Dios, ya que el plural envolvia primitivamente la idea del número tres, como lo indica la existencia

del dual, y aquellas lenguas en que el plural se forma añadiendo al singular el número tres. Es, pues, *Elohim* un término mono-teísta, pero no á la manera del *Alá* musulmán ó del *Numen* pagano; pues al cabo y al fin el monoteísmo hebreo era el mismo monoteísmo cristiano, no incompatible con la triple personalidad divina.

Cuanto á la palabra *Jehovah*, ó *Yahveh*, ó *Ihowah*, como pronuncian otros, conócense su derivación y significado. Es el futuro del verbo *ser*, pero que por el especial valor del futuro en hebreo, se traduce muy bien por *sér*, el *sér absoluto* que dirían hoy los filósofos, que esto quiere decir el Exodo en aquellas palabras: *Eheié ascher eheié*, seré el que seré, ó soy el que soy: *Ego sum qui sum*. Promulgado solemnemente este nombre en los tiempos del Exodo, no por eso fué desconocido absolutamente de los Patriarcas; así es que la raíz *hawah* de que se formó, había caído ya en desuso en tiempo de los mismos, hallándose casi siempre sustituida en el Génesis por la voz *hiah*, lo cual prueba su remotísima antigüedad. Ahora bien; no es posible que un redactor *jehovista* haya podido dar la última forma al Génesis ni á todo el Pentateuco, tomando por base un escrito *elohista*. Si hubiera existido semejante redactor, su cualidad de *jehovista* significaría algo, es decir, pertenecería á una religión diversa, cuyo Dios era *Jehovah* y no *Elohim*. ¿Y es posible que semejante hombre se pusiera un día á construir una religión de eclecticismo, amalgamando y fundiendo dos religiones diversas, y empleando á capricho ó tal como los hallaba escritos los nombres del Dios de cada una de esas religiones? ¿No era natural que tuviera sus preferencias y sustituyera el nombre de *Elohim* por el de *Jehovah*, ó vice-versa, si acaso era *elohista*? Semejante amalgama podría hacerla con dos sistemas filosóficos un autor moderno, tolerante por poco creyente; pero en un autor religioso hebreo, es una ineptitud y un despropósito sólo el pensarlo.

Que el autor del Génesis es la misma persona, siempre escribiendo con plan y consecuente consigo misma, se ve desde luego por el modo de emplear los nombres de Dios. Se ve claramente que sabe que Jehovah y Elohim son el mismo Dios en esencia, y distinto sólo en sus manifestaciones; y ora reuna ambos nombres de modo que formen en cierto modo una sola palabra, ora los emplee separadamente, ora, en fin, nos los muestre en los discursos de diversos interlocutores, siempre nos manifiesta su identidad, y la crítica más minuciosa y hostil jamás ha podido establecer lo contrario. El autor comienza su libro por lo que más importaba dejar sentado, la noción de la *unidad* de Dios en la plenitud de su poder: *Elohim* es el criador de cielos y tierra. Ningun otro nombre podia ponerse al frente de la *creacion*, porque éste es el que conviene á Dios como autor del mundo. Mas cuando se trata ya de presentarnos á Dios en relacion con un mundo especial, el mundo de la religion, *Elohim*, el criador, el demiurgo del universo, toma en cierto modo un nombre propio, un nombre que puede decir á los hombres que es el *Sér eterno*, que vive y obra en bien de la humanidad, el Rey por excelencia, el Legislador. Por eso la historia hace preceder el nombre *Elohim* al de *Jehovah* tan pronto como ha presentado á Elohim como autor de la primera institucion religiosa, el dia del descanso; pues si bien el nombre de Jehovah es el que conviene á Dios en su cualidad de legislador, era necesario que no pudiera creerse que, como tal, es distinto de Elohim y no el mismo. Elohim es, pues, el autor de la primera ley; pero como si este acto no pudiera tener todo su valor sin la presencia del nombre *Jehovah*, tan pronto como se verifica, se juntan los dos nombres de la manera más íntima, precediendo siempre el de Jehovah al de Elohim. Podia seguirle, como alguna otra vez, pero entonces el intento del autor, que era hacer presentir que en este nombre se cumplirian los destinos de la humanidad, podia quedar dudoso, y para no dar lugar á equi-

vocarse es para lo que emplea en seguida preferentemente el nombre de Jehovah solo, en las narraciones y hechos de carácter puramente religioso, como los sacrificios de Cain y Abel, la maldicion de Cain, la condenacion de la humanidad pervertida, y la salvacion de la misma por el arca de Noé. Digo preferentemente, porque, lo repito, la identidad de Dios como *Elohim*, como *Jehovah*, como *El Schaddai*, como *El Elion*, como *Adonái*, es esencial, y de aquí tambien que no sea necesario siempre que se emplee el nombre *Jehovah* exclusivamente en las narraciones de carácter puramente religioso. Por eso, una vez establecido el sentido especial de cada uno de estos nombres, no tanto por definiciones escolásticas como por la misma narracion, esto es, de una manera histórica, se complace el autor, al parecer, en emplearlos indiferentemente. No es así, como veremos: siempre emplea uno ú otro nombre con intencion; pero viéndolos así alternar ya entre sí, y antes que se haya penetrado el motivo, hallamos que la narracion adquiere por eso mismo un carácter de unidad indisoluble. No hay interrupcion propiamente dicha, lo cual no quiere decir que no haya suturas de documentos de diverso origen, yuxtaposicion de textos; pero no hay interpolaciones, soluciones de continuidad.

Para nuestro adversario es *evidente* que el capítulo II del Génesis está en fuerte oposicion con el primero, y nos da una historia diversa de la creacion. En tres mil años no habian visto cosa tan evidente los hebreos y cristianos, que han hecho de la Biblia su alimento espiritual de toda la vida; ni el mismo *redactor* advirtió ¡tan simple era! que estaba haciendo un disparate al coser juntos dos textos contradictorios. Pero la escuela crítica ha venido al mundo, y para algo ha venido. Oigamos: «Desde el principio del Génesis nos encontramos con una doble historia de la creacion. La primera, hasta el capítulo II, ver. 4 (ó más bien solamente hasta la primera mitad de este versículo), nos hace

por orden rigurosamente sistemático, la enumeracion de los trabajos de la creacion, todo ello á grandes rasgos, con fórmulas determinadas, y sin detalles pintorescos. La segunda, que empieza en el capítulo II, ver. 5 (ó más bien II, 4^b, por estar soldado el principio de la segunda relacion con el fin de la primera), sólo dice algunas palabras sobre la creacion del mundo—pues entonces no es una segunda historia, sino algunas palabras—pero se extiende sobre la de la primera pareja, y bajo la forma de narracion, trata de dar una solucion meditada al problema moral del origen del pecado y del mal. En esta segunda historia, el tono es muy otro que en la primera; falta el orden sistemático; pero en cambio el estilo es mucho más fluido, mucho más vivo y animado. Las dos relaciones concuerdan en ciertos puntos esenciales..... pero tienen tambien fuertes divergencias. Así, por ejemplo, segun la primera relacion, Dios creó en distintos dias, primero las plantas, luego los animales..... y por fin al hombre. En la segunda narracion, el hombre es creado primero, luego las plantas, y por último los animales. Además..... Dios crea de una vez la primera pareja, mientras que el capítulo II hace notar con fuerza que el hombre estuvo solo al principio, da una gran importancia al lazo moral entre ambos, y no hace dar la mujer al hombre, que suspira por tener compañía, sino cuando la sociedad de los animales, creados en el intervalo, no le ha bastado. Para una persona exenta de preocupaciones, ningun intento de conciliacion es capaz de armonizar diferencias tan graves. La segunda relacion de la creacion del hombre, despues que Dios ha observado ya el dia de descanso, ¿no es una prueba evidente de que tenemos dos relaciones independientes una de otra?» Hasta aquí nuestro crítico, que en fuerza de carecer de preocupaciones—fuera de las que produce la incredulidad, que no son flojas—ve lo que no hay, y ni siquiera acierta á leer el texto.

En efecto, ni hay doble historia de la *creacion*, ni nuestros

críticos han comprendido palabra del encadenamiento de la narracion é intenciones del narrador. En el capítulo II, ver. 4, lo que hay es una recapitulacion brevísima de la obra de la creacion, y una oportuna transicion á lo que va á decirse luego, empleando por eso la palabra Jehovah-Elohim con pleno conocimiento de lo que se escribe. A partir de los versículos en que se representa á Dios como institutor de la primera ley religiosa, ya el autor no atiende sino á la tierra como dominio del hombre—y por eso la palabra *tierra* precede aquí á la voz *cielo*—porque el fin especial de su narracion es que sirva de introduccion á la historia del establecimiento de la autoridad divina entre los hombres en general, y de la teocracia en particular para la familia escogida de Israel. Y como la causa próxima de este establecimiento, la violacion de un precepto religioso, se va á presentar seguidamente, el autor, para indicar de antemano que Dios salvará su obra de Criador, *Elohim* nos le muestra en adelante con la cualidad preponderante de ordenador, de protector, de Rey, que expresa la palabra *Jehovah*. No se trata ya de creacion, se supone realizada, y sólo se trata de la *formacion* del hombre, del procedimiento seguido por Dios en la *produccion* de los vegetales y animales, *criados* ya en gérmen. Importaba que el hombre conociese esto, porque debiendo ocupar la tierra, sojuzgarla y dominar en cuanto ella produce, debia conocer á qué título y con qué condiciones habria de ejercer su dominacion; á título de animado por el soplo divino, y á condicion de secundar con su trabajo en la cultura del suelo á la Providencia que le hace fructificar, que le riega con la lluvia, y hablando en general, con la manifestacion *discreta* de sus leyes universales. Por eso no emplea ya la voz *bará*, crió, sino la voz *itsar*, formó, ó la voz *aasá*, hizo, y así el capítulo II está en la más lógica relacion con el capítulo I.

Nótese además la sobriedad del autor, y cómo va derecho á

su fin. ¿Volverá en este capítulo II sobre toda la creacion, indicando los grados de su cumplimiento, los diversos estados por los que el *fiat* divino hizo pasar las diversas partes del universo? De ningun modo, hubiera sido inútil; pero lo que no era inútil era el mostrarnos hasta qué punto privilegiara Dios al hombre, colocándole en delicioso jardin, y para que mejor se comprendiera, nos pinta el autor en pocas palabras el estado en que se hallaba la tierra antes de la aparicion del que habia de ocuparla y dominarla. Existia la vegetacion, pero no de una manera apropiada al hombre, porque «no existia hombre que trabajara la tierra». Sin embargo, todo estaba preparado para que se acomodara á las necesidades del hombre tan pronto como apareciera; «un vapor subia de la tierra y regaba toda la superficie del suelo.» Y cuando el autor ha fijado nuestra atencion sobre la produccion de la naturaleza vegetal, para que estuviésemos preparados para la pintura de la naturaleza, como morada del hombre, del paraíso y sus árboles maravillosos, nos dice cómo se ha de entender la frase «y crió Dios al hombre,» enunciada en el cuadro de la creacion. No nos habia dicho aun que Dios crió al hombre inspirándole su divino aliento, esto es, dándole una alma espiritual é inmortal, y por tanto, no nos habia instruido acerca de toda la naturaleza del hombre, *polvo de la tierra* por una parte, y *soplo de la Divinidad* por otra. Nos dice, pues, que para *formar* al hombre empleó Dios dos actos sucesivos, uno por el que formó el cuerpo, y otro por el que le comunicó la vida.

Hé aquí, pues, el hombre en toda su miseria y en toda su grandeza; mas es preciso convenir en que, supuesto que la grandeza estaba en él en segunda línea, por haber comenzado Dios por la formacion del cuerpo; la miseria debia sobrepujar con mucho á la grandeza desde que se turbase por una causa cualquiera, que no podia dejar de ser mala, la relacion normal entre los dos elementos de la naturaleza humana. La suma importancia de esto

pasaje no necesita encarecimiento; pero lo que no puede dejar de admirar es el proceso de la narracion, la disposicion profundamente significativa de las palabras que la componen, y cómo todo está en uno y otro capítulo en la más íntima conexión. Resultado es este al que jamás hubiera llegado un autor que no hiciera más que yuxtaponer textos. Ni hay el menor desacuerdo en todo el pasaje, ni la diferencia de estilo deja de explicarse naturalmente por la diferencia con que debia exponerse el cuadro altamente conciso de la creacion, objeto grandioso que pedia cierto ritmo, y cuyas fórmulas pueden atribuirse á la manera como venia transmitiéndose oralmente, desde los primeros tiempos, como todavia se advierte en las leyendas y cuentos populares. Tanto la historia de la creacion del cap. 1.^o como la de la formacion del hombre del 2.^o, fueron sin duda reveladas por Dios al primer hombre, y se transmitieron por tradicion oral, la 1.^a en la forma concisa y rítmica en que está, la 2.^a más detallada, como que nos interesaba más particularmente, como prolegómeno necesario, junto con la idea de la creacion, para entender los fundamentos de la religion y de la teocracia establecida por el ministerio de Moisés.

Explicada la *formacion* del hombre, el autor nos le muestra en seguida en el jardin maravilloso del Eden, constituido en posesor suyo, á condicion de hacer buen uso de su libertad. El precepto que se le impone se refiere tambien á la mujer, por más que no haya explicado aún su *formacion*, pues ya habia hablado de su *creacion* al decir que crió al hombre *varon y hembra*, capítulo I, v. 27. Es ahora llegada la ocasion de exponer circunstanciadamente cómo se verificó la formacion de la mujer, á fin de que quede bien definida la posicion de ambos sexos bajo el respecto social. Para ello, antes de hablarnos el autor de la formacion de la mujer, nos explica la posicion del hombre en presencia de los animales, remontando de nuevo el pensamiento al cua-

dro general de la creacion, en donde ya habia expuesto la de aquellos. Lo que le importa decir aquí es que Jehovah los formó de tierra, es decir, los *habia formado*, que tal es el sentido que da al verbo la partícula *vau*.—Bien precisado este punto, del que resulta la superioridad del hombre, formado tambien de tierra, pero animado por el soplo divino, queda explicado por qué no tenía auxiliar semejante á él, y luego se refiere la formacion de la mujer, que, como formada de una costilla del hombre, viene á ser con él *una misma carne*. Despues de esto no debe admirar que la descripcion del jardin preceda á la historia de la formacion de la mujer. Ella existia ya, cap. I, v. 27; pero el historiador, dirigido siempre por superior espíritu, expone esta formacion despues de describir el Paraiso, para concluir así la pintura del estado de perfeccion física y moral de la humanidad primitiva. Y aun el último verso de este cap. 2.º, es una brillantísima pincelada para semejante cuadro, y una admirable transicion á la historia lamentable que va á seguir, la de la caida del hombre de aquel estado felicísimo, hácia el cual parece que quiere el historiador invitarnos á echar una mirada de deseo. Ver aquí una señal de compilacion de documentos diversos, vale tanto como confesar que se carece, entre otras cosas, del sentido de la belleza literaria.

No hay, pues, una doble historia de la creacion en los dos capítulos primeros del Génesis, sino algunas explicaciones en el 2.º, acerca de la manera como fueron formados algunos seres, ya que el acto de la creacion es siempre para nosotros inexplicable por incomprendible; no hay traza de documentos diversos, sino perfecta unidad de plan y profundo sentido en todo, áun en el empleo de las palabras *Jehovah-Elohim*, (que sigue en el cap. III, con la misma intencion), aunque en algunos pasajes pudiera emplearse sola la última.

Examinemos rápidamente los demás pasajes que nos objeta Nöldeke en prueba de estar compuesto el Génesis de documentos

diversos yuxtapuestos por un redactor muy posterior. Es el 1.º la historia del diluvio; pero como no nos da las razones en que se funda, habremos de suponer que son las principales el uso de la voz *Elohim* ó *Jehovah*, y una aparente repeticion en los vers. 13-16 de lo dicho en los vers. 7-9, con otras más insignificantes aun. Mas la palabra *Elohim* aparece en el concepto de Dios criador, que salva del diluvio su propia obra; y en otros dos casos en que parece debia leerse *Jehovah*, se lee *Haelohim*, con artículo, indicando que se trata del *Elohim* del cap. 1.º definido en el 2.º, con la palabra *Jehovah-Elohim*, mientras que se lee *Jehovah* allí donde se trata de algo relativo al culto, como de la introduccion en el arca de siete individuos entre los animales puros, como que éstos habian de servir para el sacrificio que hizo Noé en accion de gracias despues del diluvio. Quanto á la supuesta repeticion, nada tendria de extraño ni probaria nada, sucediendo esto frecuentemente en los escritos antiquísimos y en la misma Biblia, pero siempre con algun motivo. En nuestro caso los dos fragmentos alegados tienen distinto carácter. En el 1.º, vers. 7-9, se afirma simplemente que Noé cumplió las órdenes de Dios, entrando en el arca con su familia y los animales puros é impuros. Pero aunque el 2.º, vers. 13-16, trata de esta misma entrada, nos presenta como un segundo cuadro de la creacion. La salvacion de las criaturas en el arca lleva manifestamente al autor á la época de la creacion; él enumera las diversas especies de animales referidas en el cap. 1.º cuando *Elohim* los crió, y despues de mostrar así al Criador conservando su obra, termina el cuadro con este rasgo plástico: *Despues Jehovah cerró la puerta sobre Noé*. He ahí la creacion salvada, como habia sido creada, por un acto inmediato de Dios. Si el mismo *Jehovah* cierra la puerta, ¿quién podrá abrirla? Ya puede venir el diluvio. Y vino en efecto, y está referido con tal encadenamiento, con tal exactitud, con tal vigor, con tal naturalidad y falta de exageraciones, que nos parece la narra-

cion obra de un testigo ocular, y lleva en sí misma todos los caracteres de credibilidad, aunque no la abonaran las tradiciones de casi todos los pueblos y la misma ciencia geológica.

Otro pasaje alegado por nuestro crítico es el relativo á la emigracion de Jacob á la Mesopotamia, «á donde va, nos dice, segun uno de los relatos, siguiendo los consejos de sus parientes, para buscar una mujer de su raza, segun la costumbre de sus progenitores; mientras que, si atendemos al otro relato, va huyendo de su hermano Esaú.» Imposible parece que se escriba esto seriamente. Léase la narracion, y aparecerán claras la unidad y la armonía. Arrancada la bendicion de Isaac fraudulentamente por Jacob, concibió Esaú odio mortal á su hermano. Súpolo Rebeca, y aconsejó á Jacob que huyera á casa de su tio Laban. Pero esto debia hacerse con consentimiento de Isaac, y para alcanzarle, le habla Rebeca del tedio que la causaban las hijas de Jet, esposas de Esaú, y del gran disgusto que tendria en que Jacob se uniera con otras tales. Manifiestamente fué esto un expediente que halló Rebeca para alcanzar que el mismo Isaac mandara lo que ella apetecía, no sólo por el motivo alegado, sino para librar á su hijo predilecto de las iras del hermano. ¿Dónde está la contradiccion ni aun la diversidad? Pues por esta razon puede juzgarse de las otras alegadas y de las pasadas en silencio.

No sabemos dónde están las dos relaciones de las plagas de Egipto en el Génesis, para que resulten nueve, y seis respectivamente, como dice nuestro crítico. Sin duda cuenta entre ellas la conversion de la vara en serpiente, que se verificó dos veces, una para convencer á Moisés de la mision que Dios le encomendaba, y otra para convencer á Faraon. Mas ni esta *señal*, ni la de meter la mano en el pecho y sacarla leprosa, volverla á meter y sacarla sana, pueden llamarse *plagas*, y así éstas resultan diez, á saber, la conversion de las aguas en sangre, las ranas, los cinifes, las moscas, la peste de los ganados, las úlceras, el granizo, las lan-

gostas, las tinieblas y la muerte de los primogénitos. Estas son las que se van enumerando en los caps. VII-XII del Exodo, y no hay en ellos diferencia ni contradicción.

Finalmente nos opone las dos series de patriarcas nacidos antes del diluvio, como si no fuera claro que una es de los descendientes de Cain, y otra de los de Seth. Gratuitamente afirma que la genealogía de Cain llegaba primeramente hasta Noé, pues no sabemos que haya hallado documento alguno que lo pruebe, y la semejanza de algunos nombres de ninguna manera convence de la primitiva identidad de las dos genealogías. Véanse los nombres en su forma hebrea: Cain, Janoc, Iirad, Mejuyael, Methusael, Lámecc. Los de la 2.^a son: Seth, Enos, Queinan, Mahalalel, Yéred, Janoc, Methusélaj, Lámecc, Nój. Sólo Janoc y Lámecc aparecen idénticos en ambas genealogías, lo que no es cosa de admirar, y por cierto ocupan lugar bien diverso. Iirad es muy diferente de Yéred, y Methusael de Methusélaj, tanto en su forma como en su etimología. No es, pues, esto una objeción, es una aseveración caprichosa sin prueba alguna seria.

Vése, pues, qué razones tan poderosas opone la crítica negativa contra la autenticidad y la unidad del Pentateuco. Quítese el principio, que es la incredulidad en lo sobrenatural, y no queda nada, quedan solo castillos de naipes que se vienen abajo al primer soplo, queda un aparato de ciencia meramente gramatical, que ni aún bajo este aspecto puede sostenerse ante los indestructibles trabajos de Hengstenberg, de Hävernic, de Ranke de los católicos Haneberg, Reinke, Schöbel, á cuya *especiosa erudición*, como dice nuestro crítico, se guardan muy bien de contestar, porque nada sólido pueden oponerles. Pero siguen afirmando imperturbables que *la ciencia* ha derribado la antigua creencia, y las turbas marisabidillas están siempre de parte de *la ciencia*. ¡Cómo ha de ser!

Y después de hacer del Pentateuco una rapsodia zurcida du-

rante muchos siglos, y por no sé cuántas manos, nos dice nuestro crítico que así tenemos una idea más digna de la obra, que no suponiéndola escrita por Moisés bajo la inspiracion de Dios, inspiracion que él entiende de una manera mecánica y pedestre, como si se tratara de un papagayo que repite las palabras que le enseñan. Vale tanto como decir que tiene más digno concepto de la Iliada el que la supone producto de innumerables y desconocidos rapsodistas, que el que la tiene por obra sublime del inmortal Homero. Eso se escribe en el siglo XIX—eso se traduce, y con obras de esta laya se nos pretende ilustrar. Dicen que somos los católicos enemigos de la ciencia. De ciencia semejante sí, porque es pura pedantería, y entre la vana y ridícula pedantería y la ignorancia inculpable, es ésta mil veces preferible. Pero á entrambas preferimos la verdadera ciencia.

Haremos una observacion final sobre Pentateuco. Aunque estuviere formado con escritos del siglo X ú XI—que no es así, como hemos visto—llena de admiracion que un pueblo insignificante, y hasta bárbaro y grosero, nos haya dejado un libro en que se dan estas dos circunstancias, dignas de ocupar el estudio de los sabios mucho más que las dificultades, oscuridades y aparentes contradicciones que no pueden menos de hallarse en obra tan antigua, para cuya inteligencia cabal nos faltan innumerables datos. Estas circunstancias son: 1.^a que por él se aclaran y explican las más de las tradiciones de los pueblos restantes de uno y de otro continente, venciendo la narracion mosáica inmensamente á todas en claridad, en buen sentido, en sobriedad, en lógico encadenamiento. No hay sino comparar cuálquiera tradicion mosáica, p. e. la del diluvio, con las demás, y se verá todo esto claro como la luz. La 2.^a es que en siglos incultísimos, y por una nacion incapaz de filosofía, segun Renan, nos encontramos con un libro en que se nos enseña la más alta metafísica que han visto los hombres, que no alcanzaron Aristóteles ni Platon, que no han superado los filó-

sofos posteriores—se entiende en lo más importante y fundamental—que no ha podido ser redargüida de falsedad hasta la fecha, que con el dogma de la creacion, que sólo ese libro enseña claramente, esparge la más brillante claridad sobre las ciencias todas, que aún en materias naturales ofrece rasgos que, estando en plena contradiccion con las apariencias y con el sentido comun, tal como era y debia ser en aquellos tiempos remotos, y dieron motivo de burla y chacota á la escuela de Voltaire, hoy las ciencias fisicas y naturales han demostrado que el Pentateuco tenia razon, y el sentido comun y las apariencias engañaban: tal es, p. e. la creacion de la luz en el dia primero y la del sol y demás astros en el cuarto. Es decir que existió antes la luz que sus focos ó manantiales, cosa absurda manifiestamente para tiempos en que nadie, sino Moisés, sabia que la luz es algo independiente del cuerpo luminoso. Es, pues, incontestable el argumento de Ampère: ó Moisés sabia tanta fisica como nosotros, ó estaba inspirado. Los críticos racionalistas pueden elegir.

FRANCISCO CAMINERO.

LOS PARÁSITOS.

ESCENAS DE LA VIDA PRÁCTICA.

(Continuación.)

¿Dijo la Prisca DE MALA CASTA? Si lo dijo, lo dijo tan bajo, que ni Indalecio ni su padre lo oyeron, pues si lo oyeran, no hubieran dejado de asombrarse de oír calificar de ese modo á la honrada progenie de los Ruiz del Busto en un entronque con la antigua y legendaria alcurnia de los Burguillos de la Sierra. Pero que lo dijo la Prisca es cierto, tan cierto, que arrepentida sin duda de haberlo dicho, y al observar que sus amos no lo habian oido; variando de tono é imponiéndose á ambos con la autoridad ya tradicional de su indiscutible imperio, añadió serenando su rostro:

— ¡Vaya! no hay que apurarse, mayores desgracias pudieran ocurrir; aun no se ha ganado la partida. ¡Vamos arriba!

CAPITULO XVII.

NO HAY REMEDIO.

El Conde de Cavia supo la noticia de su derrota cuando ya no era tiempo de prevenirla. Una inteligencia más suspicaz que la suya, ó un corazon menos noble y altivo, aun podia haber ganado la partida, ó por lo menos haber puesto á su contrario en una situacion apurada, retirándole á última hora el no despre-

ciable contingente de sus amigos y allegados; pero Carlos hablaba con sinceridad al decir á su padre que, dada la traicion de su amigo, el éxito de la eleccion le era indiferente.

Naturaleza leal y confiada, aquel golpe afectaba á la vez á su amor propio y á aquella seguridad de juicio que mantiene la amistad entre hombres de inclinaciones y educacion diferentes, cuando la amistad no es meramente un negocio ó una costumbre, sino verdadera eleccion hecha libremente por nosotros mismos. Ver caer de pronto á nuestra vista del pedestal que fabricó nuestro afecto al que dimos voluntariamente la llave de nuestro cariño y esperanzas; verle responder con la traicion y el engaño, cuando le ofrecíamos sin condiciones lo mejor de nuestra alma, las primicias de nuestra inteligencia, y hasta los alientos más nobles de nuestra voluntad, es dolor intenso del que á veces rien los indiferentes, que los distraidos desprecian, pero que se escribe en el alma en amargos trazos y en caracteres que jamás se borran.

Carlos no pensó ya en la eleccion. Dióla por perdida, y hasta pensó en su pérdida con amargo, pero indudable contento. ¿No era esta la mejor prueba, una prueba tangible y evidente de lo que aun se resistia á creer su corazon? Hay en los males morales como en los físicos cierta inexplicable complacencia en conocerlos bien á fondo, en medirlos con cruel y refinada exactitud, y Carlos daba vueltas y más vueltas en su reciente herida al cuchillo que se la habia causado, sin pensar un momento en retirarle ni administrarse ningun remedio que la cerrara ó la hiciera por lo menos más soportable.

— ¡Me ha engañado! — pensaba con más tristeza que cólera — ¡me ha engañado fria, deliberada y cobardemente! despues de avivar mis juveniles ambiciones, despues de despertarme con sus consejos de mi inofensiva indolencia, despues de haberme empujado á exigir de mi pobre padre un sacrificio, despues de comprometer nuestro honrado nombre, me ha vendido como un miserable por unos cuantos votos, por un mezquino trozo de ese menagado manto de popularidad, que yo gratuitamente le hubiera cedido á la menor indicacion que él me hubiera hecho de necesitarle para él solo. ¿Vale tanto un adelanto ó un ascenso en la vida para hacer eso? — seguia pensando — mentir á un amigo, men-

tir á todo un pueblo, mentirse á sí mismo, y hundirse en el propio concepto, despreciarse en lo íntimo de su conciencia; mirarse al espejo y encontrarse uno cara á cara con su propia vileza y miseria, solo, ante la faz de Dios, y decirse todos los dias: «Este que está aquí vestido, segun el mundo, con los más ambicionados ropajes del mundo, ó con la toga del magistrado, ó con las galas del soldado, ó con el uniforme del ministro es un miserable y un villano, y ese villano miserable soy yo....» Decirse esto todos los dias, y luego llevar alta la frente y desafiar con la mirada al que tenga la osadía de decir de nosotros lo que nosotros mismos pensamos, ¿no es un tormento mucho mayor que el que aplican todos los viles á sus víctimas? Y aquí Carlos, sin quererlo, sin confesárselo á sí propio, lloraba, más que sobre la pérdida del amigo, sobre la pérdida de su dignidad de hombre, irremediamente realizada á sus ojos por aquel que habia sido igual suyo, casi hermano por el cariño, por la mutua consideracion y confianza. Aun á la luz de su actual infidelidad y perfidia, reedificaba en su imaginacion aquella pasada amistad de su juventud, que el contraste del momento presente vestia y adornaba con más brillantes y lucidos colores que los que en realidad ostentara. Niño aun, se veia en el ancho y oscuro dormitorio del colegio, atisbando la tranquila sonrisa del compañero, que se durmió escuchando su última confidencia murmurada en voz baja; ó en la sala de estudios, sentados sobre el mismo banco, leyendo el mismo libro, y explicándose mutuamente las dudas y asperezas de una leccion difícil, veia dos cabezas de niños, á ratos animadas con la fiebre del estudio, á ratos absortas con una dificultad insuperable, á ratos tambien distraidas é inquietas con una nube del cielo que tapizaba de gris la estrecha ventana, con una mosca que zumbaba en el aire, con una pluma que se caia, con un tintero que se volcaba, con un compañero que entre dos ronquidos se dejaba caer del banco al suelo, en medio del contenido júbilo y sordo clamoreo de toda la clase.... Y luego, mirando más adelante, veia un estrecho cuarto de una modesta y estrecha casa de pupilos, y en el cuarto, y postrado en el lecho, un jóven, casi un niño; y sentia la anhelante respiracion que produce la fiebre, y aun percibia en su rostro ese hálito caliente y seco que brota del pecho oprimido de un enfermo; y al recordar esta escena, sin que ni un solo de-

talle faltase en el cuadro, sentíase todavía conmovido y apenado, como aquella memorable noche en que, inclinado sobre el lecho de su amigo, contaba las pulsaciones de la calentura y espiaba aquel terrible sueño, del que profetizaron los doctores que habia de brotar la salud ó consumarse definitivamente su ruina..... y luego, y luego ¡cuántas ráfagas del viento embriagador de la juventud habian aspirado juntos, cuántas esperanzas se habian contado, cuántas confidencias se habian hecho! Ni el rincón más pequeño de su alma, ni el repliegue más escondido y recóndito de su voluntad que no creyeran poseer mutuamente..... ¡Cómo se querían, cómo se adivinaban, cómo se conocían!

¡Pues no! Todo aquello era mentira; mentira las confidencias del hombre, la amistad del joven..... mentira todo; hasta el sueño, al parecer inocente, del niño travieso y malicioso.

¡No! Para una alma elevada, para un corazón recto y sencillo, no es indiferente que de una vez se rompan todos estos ténues, pero múltiples vínculos que se han creído eternos, y que enlazan sólidamente una parte, la mejor acaso de nuestra vida. Parece como que las líneas generales de esta cambian de posición, y por lo tanto, que todo el edificio oscila desde sus cimientos, como si estos estuvieran asentados sobre arena movediza ó no fuera, en resumen, tal edificio sino una embarcación abandonada á las caprichosas corrientes de los mares ó á la furia incontrastable de los vientos.

Pero es indudable también que quien así siente la traición, no sabe, ni quiere, ni puede vengarse de ella. Un solo deseo dominaba en Carlos á su intenso dolor: ver cara á cara al que habia sido su amigo, no para insultarle, ni acusarle, ni amenazarle, sino para descubrirle por última vez todo lo que habia perdido en su amistad, y oír por vez primera cómo resonaba en su oído la voz de aquel hombre que locamente se habia tornado en enemigo suyo.

Tristemente se encaminaba por calles excusadas y sombrías á su casa el pobre Carlos, cuando al llegar á ella vió, á hora desusada para las metódicas costumbres de su padre, una luz en la habitación de este.

Padre é hijo habian, para aquella fecha, conversado largamente sobre el éxito de las desdichadas elecciones, y una vez más pudo apreciar Carlos la sencilla cordialidad y el amor inteligente de aquel padre que, ni por alusion siquiera, revistió de recriminaciones los amistosos y cristianos consuelos con que procuró aliviar su pena.

Antes al contrario, con esa simpatía, tan propia de los que verdaderamente quieren consolarnos, como extraña á los que al consolarnos á nosotros desean quedar perfectamente consolados, condolióse el Marqués largamente con su hijo de aquella pobre y menguadísima intriga, que por un objeto relativamente despreciable, no vacilaba en romper una antigua y siempre probada amistad. Sin frases de efecto, sin violencias de lenguaje afeó como se merecia la conducta de Juan Antonio, y poniéndose en el caso y lugar de Carlos, lloró con él la injusticia de los hombres, la facilidad é insolencia de los triunfos del mundo, y la triste necesidad en que están los hombres honrados de acudir á la lucha de la vida y á la puja de los empleos y honores por caminos en que solo se encuentran ó desengaños ó miserias.

No temia, pues, Carlos aquella noche que el cuidado de sus asuntos ó la fraternal inquietud por cualquier resolucion violenta que él pudiera tomar, tuviera desvelado á su padre; pero por eso mismo se sorprendia más de que á aquellas horas no se hubiera acostado.

Temeroso de algun accidente, de alguna imprevista dolencia que á deshora le hubiera aquejado, entró con cierta inquietud en su casa, y subió de prisa la no muy alumbrada pero espaciosísima escalera del caseron de los Veruelas.

La habitacion de su padre abria directamente á una escalera de servicio que comunicaba con ella por un estrecho corredor, donde diariamente y á todas horas brillaba, iluminando á una imagen de Nuestra Señora de los Dolores, una lámpara que la devocion de largas generaciones habia encendido siempre piadosamente.

Brillaba la luz aprisionada en un ancho y fuertísimo farol de hierro cincelado y de antiguos y no muy claros vidrios, y al pie del retablo, y acurrucada en una silla, una antigua servidora de la casa esperaba entre sueños ó las órdenes de su amo, ó la retirada de alguna tardía visita.

—¿Está malo mi padre?—la preguntó bruscamente el Conde.

—¡Jesús bendito! ¡hijo mio! ¿eres tú?—respondió la dueña despertándose bruscamente—¡buen susto me has dado!

—Digo que si hay novedad en casa.

—No, hombre, no ¿qué ha de haber? Gracias á Dios no hay sino un diablo de hombre, que tiene á tu padre de visita desde hace tres cuartos de hora.

—¡Visitas en casa á las doce de la noche!—preguntó Carlos aun más sorprendido que su misma interlocutora.

—Pues ahí verás tú—replicó esta, partidaria sin reservas del antiguo régimen—cosas del día. Parece que ese señor, ó lo que sea, ha llegado del tren; ya sabes tú que los trenes llegan á todas horas, aunque sea de noche, y con el polvo del camino, si es que ahora hay polvo, porque como yo no viajo ni pienso en viajar, gracias á Dios, en esas condenadas maquinarias, no sé si tambien se ha suprimido el polvo de los caminos..... pues, como te digo, se ha apeado aquí del coche de la estacion, que por cierto ha venido desempedrando la calle y armando un ruido de dos mil de á caballo. Ha preguntado por tu padre, yo misma le he entrado en la sala al ver su porte, y he subido á tu padre una carta que él me ha dado cuando el pobre señor se iba á meter santamente en la cama; tu padre, así que ha leído la carta, me ha mandado hacerlo entrar; y despues de estar un rato con él, ha vuelto á abrir la puerta, y me ha dicho, por cierto con un aire y un acento que no le conozco, ó que por lo menos he olvidado: «Eufemia, espera con las luces encendidas á que el señor se vaya para acompañarle, y si viene el señorito Carlos, que me espere y no entre hasta que yo le llame. Con que, hijo, así estamos hasta que ese buen señor no disponga otra cosa.

—Es extraño—pensó Carlos—es muy extraño todo esto en una casa como la mia, en que nunca hay misterios ni conferencias ocultas—pero respetando, como era su costumbre, la voluntad de su padre, se contentó con decir en voz alta á la adormecida y gruñona sirvienta.—Bien está, me voy á mi cuarto, pero te ruego que me avises cuando salga ese misterioso personaje.

SANTIAGO DE LINIERS.

(Se continuará.)